

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES

CIENCIA POLÍTICA Y GOBIERNO



***“Crónica de un adiós anunciado: un análisis desde las ideas de la difícil
relación entre la ONU y Ruanda de 1990 a 1996”***

Tesis para optar el Título de Licenciado en Ciencia Política y Gobierno

ALUMNO:

Renzo Jair Lima Baquerizo

ASESOR:

Óscar Vidarte Arévalo

31 de octubre de 2014

RESUMEN:

La investigación describe y analiza la relación entre la ONU y Ruanda entre 1990 y 1996, desde los aportes teóricos del constructivismo y la psicología política. Ruanda había alcanzado notoriedad en la esfera internacional por ser escenario de una de las peores masacres en la humanidad. El genocidio de 1994 duró 100 días y acabó con la vida de 800 mil personas. La Comunidad Internacional fracasó y UNAMIR, la misión de paz de las Naciones Unidas para Ruanda, se vio totalmente atada de manos. El genocidio siguió su rumbo, mientras la ONU abandonaba al país. El Frente Patriótico Ruandés (FPR), un movimiento guerrillero tutsi, le puso fin a la masacre y logró instaurar un nuevo gobierno en el país.

Bajo este panorama, esta investigación examina las ideas que la ONU y Ruanda se generaron luego del genocidio, tanto de sí mismos como del otro. Se define la identidad, imagen e intereses de cada actor; y se analiza el efecto que tienen en el desarrollo de las relaciones postgenocidio. Se estudia la involución de las mismas, las cuales fueron al principio cooperativas, pero que culminarían con la salida del país de UNAMIR.

De julio de 1994 hasta fines de año, la relación era positiva. Pronto, cuando las acciones ya no iban de la mano con las expectativas de comportamiento, las relaciones fueron cambiando. Ruanda se daría cuenta que la ONU no estaba en el país para ayudar en su reconstrucción. Primero, con UNAMIR, cuya prioridad fue atender a los refugiados y desplazados, los cuales habían participado directa o indirectamente en el genocidio. Segundo, con el Tribunal Penal Internacional para Ruanda (TPIR), acusado de mala gestión y lentitud. Desde fines de 1994, Ruanda empezó a mostrarse crítico con ambas iniciativas. Para la ONU, sin el interés de las grandes potencias para iniciar una misión de reconstrucción y ahora sin el consenso de Ruanda, la mejor opción era retirarse. En marzo de 1996, esta misión abandonaría el país. Las ideas, de este modo, tuvieron un efecto importante en la forma cómo actuaron y se relacionaron los actores involucrados, hasta su ruptura definitiva.



*A todos aquellos que, cual sea el motivo,
se interesaron en leer el contenido de este
trabajo*

Agradecimientos Especiales

Con esta investigación culmino mis estudios de pregrado en la PUCP. Por tanto, no podría comenzar este trabajo sin antes manifestar lo importante que resulta para mí la sola existencia de la tesis. Espero que el esfuerzo empleado sea proporcional a la calidad de la investigación y que, en este sentido, sea del agrado de los lectores.

Del mismo modo, quisiera dedicarle unas breves pero significativas palabras a quienes han hecho posible que termine la universidad e, igualmente, a aquellos que han contribuido al desarrollo de esta investigación.

Gracias papá Lucho no sólo por ser mi soporte económico durante estos 5 años, sino también por mostrarte interesado en escuchar lo que tenía que decir acerca de mi investigación sobre Ruanda y la ONU. Gracias a mi mamá Magy y hermana Stephany por dejarme solo cuando necesitaba concentrarme; pero, sobre todo, por ayudarme a despejar la mente cuando necesitaba nuevas ideas y momentos de inspiración.

Gracias a los profesores de la especialidad en Ciencia Política de la PUCP por todas sus lecciones. Mencionar a cada uno de ellos sería un despropósito cuando de cada uno he podido aprender mucho. Gracias a mi asesor, Óscar Vidarte, por su constante preocupación por mi trabajo y sus valiosos aportes para que esta investigación vea la luz.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	I
CAPÍTULO 1: PARA ENTENDER EL COMPORTAMIENTO DE LOS ACTORES: EL PAPEL DE LAS IDEAS	1
CAPÍTULO 2: DÁNDONOS A CONOCER: LA ONU y RUANDA.....	15
2.1 Para entender la primera fase.....	16
2.2 Empezamos a conocernos.....	21
2.2.1 Seamos amigos	21
2.2.2 Haciendo un paréntesis: Cómo organizar un genocidio	29
2.2.3 ¿Por qué? Éramos amigos	33
CAPÍTULO 3: ¿Y DESPUÉS QUÉ?: LAS IDEAS POSTGENOCIDIO	39
3.1 Tanto daño nos hemos hecho: las imágenes al final del genocidio	40
3.1.1 Los malos están entre nosotros	41
3.1.2 Llegaron los héroes.....	42
3.2 Las ideas de Ruanda: definiendo la identidad e interés	43
3.3 Las ideas de la ONU: definiendo la identidad y el interés	50
CAPÍTULO 4: ¿Y DESPUÉS QUÉ?: LAS RELACIONES POSTGENOCIDIO.....	54
4.1 Otra oportunidad para ser amigos	55
4.2 Vamos a darnos un tiempo: hasta nunca UNAMIR	62
CONCLUSIONES.....	67
BIBLIOGRAFÍA.....	72

INTRODUCCIÓN

*A veces me pregunto si Dios nos perdonará por lo que nos hemos hecho el uno al otro. Luego me doy cuenta que Dios se fue de este mundo hace tiempo – Danny Archer.
Diamante de Sangre*

El continente africano es el lugar donde todo es posible. No sólo donde se inició la vida humana, sino también donde se han extinguido muchas vidas. Esto, por una parte, “gracias” a las fuerzas de la naturaleza; pero, sobre todo, a la mano del hombre. Los países africanos, en este sentido, han sido escenarios de diversos conflictos que han costado valiosas vidas humanas. Esta investigación se centra en Ruanda.

La primera aproximación que uno puede tener de este país, tan lejano para los latinoamericanos, son las escenas de muerte y desolación que affligieron al país en 1994. ¿Cómo no emocionarse y empezar a reflexionar sobre el sentido de la vida misma o lo banal que puede ser el mal cuando se ve escenas de películas como “Hotel Rwanda” o “Shooting Dogs” que, a su estilo, tratan de plasmar tan

trágicos sucesos? Más allá de esto, lo cierto es que es imposible imaginar lo vivido.

¿Qué pasó? En el pasado reciente, Ruanda había alcanzado notoriedad en la esfera internacional siendo escenario de una de las peores masacres en la humanidad. El genocidio de 1994 duró cien (100) días y acabó con la vida de 800,000 personas¹ sin que nadie pueda o quiera detenerlo. Esto último, por cierto, es lo que convierte a Ruanda en un caso paradigmático de la intervención humanitaria.

Como señala Ruiz-Giménez, pensando en el contexto de la intervención internacional de los 90's:

La Comunidad Internacional parecía estar sumergida en un cambio normativo de gran calado, que le atribuía el derecho (y para algunos el deber) de intervenir militarmente para impedir graves violaciones de derechos humanos. Dicho cambio tenía su origen en el compromiso que los Estados habían adquirido luego de la II Guerra Mundial, de que nunca más permitirían hechos similares al holocausto judío. Así lo establecía la Convención contra el Genocidio que les obliga a prevenir, castigar y "librar a la Humanidad del odioso azote del genocidio (2003: 106).

Sin embargo, la pasividad marcó la pauta en Ruanda. La Comunidad Internacional fracasó y UNAMIR, la misión de paz de las Naciones Unidas para Ruanda, se vio totalmente atada de manos para actuar en el país debido a la desidia de algunos miembros del Consejo de Seguridad. El genocidio siguió su

¹ Las cifras se mueven entre los 500 mil y el millón de personas asesinadas durante el genocidio.

rumbo, mientras la ONU abandonaba al país. Sólo el Frente Patriótico Ruandés (FPR), un movimiento guerrillero tutsi, pudo ponerle fin a la masacre e instaurar un nuevo gobierno en el país.

El daño ya estaba hecho. Un evento así tiene dos tipos de efectos: uno de tipo material, pensando en el nivel de destrucción que el genocidio causó y la ONU, a través de UNAMIR, permitió; y otro de corte ideacional, pensando en las ideas que se pueden generar a partir del genocidio y del fracaso de este organismo internacional. En esta investigación interesa, sobre todo, esto último.

Así, partiendo de que las ideas tienen una importante influencia en las relaciones de los actores, este trabajo busca centrarse justamente en las relaciones entre la ONU y Ruanda en el postconflicto. Pero no sólo en qué tipo de contactos se establecen entre ambos, sino que lo que importa es la involución de dichas relaciones.

Es cierto que el genocidio representó un punto de quiebre en las relaciones de ambos actores, pero el fin de las matanzas no significó el inicio de las tensiones entre ambos actores. Todavía habría tiempo para decepcionarse más. Después de julio de 1994, este organismo internacional mantenía su presencia en el país con UNAMIR y se quedaría hasta marzo de 1996. Las relaciones fueron al principio cooperativas –como habían sido desde sus primeras interacciones a inicios de los 90's–, pero luego se irían transformando hacia unas relaciones más tensas.

Si el abandono de la ONU durante el genocidio no había causado esto, ¿qué eventos podrían causar la ruptura de las relaciones entre ambos actores que al final se cristalizaría con la marcha de UNAMIR del país? Para esta investigación, la respuesta va más allá de un evento per se, sino que está en lo que representa tal o cual acción.

De este modo, en el análisis del caso ruandés, se busca dar un paso hacia atrás. La tesis pretende ir “al fondo”, moviéndose en el mundo de las ideas para explicar la forma en que los actores se relacionan. Así, aunque se puede discutir la relación entre la realidad y las ideas en el sentido que estas últimas pueden no reflejar lo que sucede en el plano de lo real, lo cierto es que resulta innegable el papel que juegan para condicionar el comportamiento de los actores.

Luego del genocidio, se generaron ideas con respecto a lo que se venía y al comportamiento de los actores. Para Ruanda, expulsar a la ONU no estaba entre ellas, cuando sí la reconstrucción del país como prioridad. Para este organismo internacional, era necesario quedarse en el país para poder tener la oportunidad de limpiar su imagen, a la vez que era importante que el gobierno consienta dicha presencia dado que desde el Consejo de Seguridad no había interés alguno por el país. El gobierno permitía que la ONU mantenga a UNAMIR y cualquier otra iniciativa en el país con la esperanza, para uno, de ayudar en la reconstrucción del país; y para otro, de hacer algo positivo para construir una mejor imagen.

En el postconflicto, las relaciones tenían que seguir siendo cooperativas porque las ideas generadas por cada actor luego del genocidio así lo dictaban. Lo fue de julio de 1994 hasta fines de dicho año. Pero cuando las acciones ya no iban de la mano con las expectativas de comportamiento, las relaciones fueron cambiando. Pronto Ruanda se daría cuenta que la ONU no estaba en el país para ayudarlos. Primero, con UNAMIR, cuya prioridad fue atender a los refugiados y desplazados del conflicto, los cuales habían participado directa o indirectamente en las matanzas; mientras que la conformación de un nuevo mandato para la reconstrucción del país se alzaba imposible por la desidia, nuevamente, de los miembros del Consejo de Seguridad. Segundo, con el Tribunal Penal Internacional para Ruanda (TPIR), instaurado en noviembre de 1994, que fue acusado de mala gestión y lentitud.

A fines de dicho año y con este panorama, Ruanda empezó a mostrarse crítico con ambas iniciativas de la ONU. Mientras acusaba al TPIR, quería que la presencia de UNAMIR se redujera hasta su retirada definitiva. En marzo de 1996, por fin, esta misión abandonaría el país. De relaciones cooperativas a relaciones tensas, una involución producto del choque entre las ideas que se generaron con el fin del genocidio y el comportamiento contrario a dichas ideas, cuando no de los efectos materiales del genocidio.

Esta investigación busca abordar todo lo anterior. Para esto, en el capítulo 1 se desarrolla el marco teórico que permite entender la influencia de las ideas en

las relaciones de los actores, a partir de los aportes de la perspectiva constructivista y la aplicación de la teoría de la imagen de la psicología política. Los capítulos 2 y 3 se centran en las relaciones entre ambos actores. Al respecto, es preciso mencionar que si bien se ha señalado que el contexto del postconflicto es lo que importa en esta investigación, lo cierto es que las primeras interacciones entre la ONU y Ruanda iniciaron a inicios de los 90's.

De este modo, el capítulo 2 aborda estos primeros contactos hasta julio de 1994, buscando explicitar el camino por el que transitan las ideas, en este caso las imágenes sobre el otro, del ámbito de lo positivo hacia lo negativo con el genocidio como punto de quiebre. El capítulo 3, por su parte, se centra ya en las relaciones postconflicto, comenzando con el análisis de las ideas, la identidad y el interés, formadas a partir del genocidio y cómo estas influyen en el devenir de las relaciones entre la ONU y Ruanda. Finalmente, se presenta algunas conclusiones sobre el trabajo en general, a nivel teórico y sobre el caso estudiado.

CAPÍTULO 1: PARA ENTENDER EL COMPORTAMIENTO DE LOS ACTORES: EL PAPEL DE LAS IDEAS

La guerra empieza en las mentes de los hombres - UNESCO en 1946

Tratándose de una investigación que busca determinar los factores que influyen en los cambios de relaciones entre dos actores en un período de tiempo establecido, conviene exponer antes los lineamientos metodológicos y teóricos que guiarán este trabajo. Mencionado esto, este capítulo presenta algunas precisiones metodológicas ligadas al diseño de investigación de esta tesis, a la vez que desarrolla el marco teórico que permitirá analizar la interacción entre la ONU y Ruanda de 1990 hasta 1996.

El trabajo se centra en el postconflicto ruandés. Pasaron ya 20 años y Ruanda sigue en el proceso de reconstruirse como país y sociedad. Abordar tanto tiempo resultaría ser una tarea compleja y, por tanto, no son los propósitos de esta investigación. En cambio, interesa el período inmediatamente posterior al genocidio y, en consecuencia, se trabajarán los primeros dos (2) años después del

conflicto: de julio de 1994 a marzo de 1996. Sin embargo, para entender las relaciones en este período es necesario que el análisis vaya mucho más atrás y, por tanto, el punto inicio de esta investigación comienza en 1990.

Al respecto, conviene hacer una precisión en cuanto a los actores. Tomar a la ONU como actor y tratar de explicar su comportamiento supone una gran tarea siendo este organismo internacional tan complejo. No se pretende, por tanto, abordar todo el sistema de la ONU con sus distintas agencias y el rol que cada una desempeña en Ruanda desde su particular función. En esta investigación, el estudio de la ONU se basa, sobre todo, en las acciones desde el Consejo de Seguridad. Así, se hará referencia a UNAMIR, la misión de paz en Ruanda y al TPIR, el Tribunal Penal Internacional para Ruanda, cuando corresponda.

Del mismo modo, cuando se menciona a Ruanda como actor, la investigación aborda las relaciones que establecerá con la ONU bajo la figura del FPR en pleno conflicto con el Poder Hutu desde inicios de los 90's y, luego, con el nuevo gobierno establecido al final de las matanzas. Ambos son lo mismo, pero conviene tener clara la diferencia luego del genocidio. En el postconflicto, en las circunstancias del país, es difícil hablar de un Estado ruandés; cuestión que invita a trabajar con la figura del "nuevo gobierno" como actor. ¿Quiénes son el nuevo gobierno? En la Ruanda postgenocidio, el Estado o el nuevo gobierno es el FPR; y el FPR es Paul Kagame, su líder por excelencia.

¿Por qué él? El presidente del Gobierno de Unidad Nacional era Pasteur Bizimungu pero Kagame, para quien se creó especialmente el cargo de vicepresidente, no negaba que el FPR formaba la columna vertebral del régimen, y que en calidad de jefe militar y estratega político, él era la figura política más poderosa del país (Gourevitch 2009: 232). En el análisis, se hará referencia a este personaje cada vez que corresponda.

Una vez realizadas las precisiones metodológicas, se desarrolla a continuación el marco teórico que guía el trabajo. ¿Cómo explicar el comportamiento de los actores cuando establecen relaciones con otros en el escenario internacional? Las teorías en Relaciones Internacionales ofrecen diversas aproximaciones al tema, en la asociación del proceso de toma de decisiones (*decision-making*) con el comportamiento de los actores. Esta investigación utiliza los componentes más resaltantes de dos (2) corrientes teóricas –el constructivismo y la psicología política con la teoría de la imagen– que trabajan desde una perspectiva cognitiva sociocultural y psicológica, respectivamente.

Si bien es cierto que cada corriente teórica tiene formaciones distintas y en diferentes períodos históricos, poder concatenar ambas perspectivas es importante para el trabajo ya que, como señala Levy, la literatura en constructivismo social en política internacional se beneficiaría si le prestara más atención a la literatura en psicología política. Este autor, citando a Kowert y Legro

(1996), señala que el énfasis en la construcción social de identidades y formas de ver al mundo tienden a dar prioridad a las fuentes sociales y culturales de la formación de identidades, minimizando las necesidades psicológicas individuales que son satisfechas por esas identidades y que sistemáticamente dan forma a la construcción social de las identidades. En este sentido, Levy agrega que la incorporación de variables psicológicas y los efectos de su interacción con las explicaciones sociales y culturales de identidad crearán un mejor balance entre las estructuras sociales y la agencia individual en la investigación constructivista (2003: 273).

La clave radica, por tanto, en trabajar ambas corrientes teóricas a partir de establecer dos niveles *diferenciados pero relacionados* de análisis. El constructivismo, por un lado, será útil para entender el comportamiento internacional a nivel de actor *colectivo* (aplicando igual para los organismos internacionales); mientras que la psicología política servirá para entender el comportamiento de los líderes políticos (*decision-maker*) a nivel de actor *individual* pero también *colectivo*.

El constructivismo brinda las herramientas teóricas para poder entender el rol que juegan las ideas en las relaciones internacionales, trabajando conceptos como el de identidad e interés. Para Lizama, el constructivismo plantea otro conjunto de variables que conformarían una dimensión paralela a la dimensión material de las relaciones internacionales, correspondiente a la dimensión

ideacional, compuesta por los factores ideacionales que influyen en las preferencias e intereses de los Estados y, de ahí, en el comportamiento de éstos en la arena internacional (2013: 86). En este sentido, Carvajal añade que el asunto fundamental que busca abordar el constructivismo es precisamente la forma cómo tiene lugar la configuración social de la subjetividad; y, en esa línea, atiende dos (2) asuntos que ignoran el realismo y el neorrealismo: el proceso de la formación de la identidad y los intereses de los países en el escenario internacional (2009: 205).

¿Qué es la identidad? y ¿qué es el interés? Para Wendt, la identidad es el conjunto de “expectativas e interpretaciones del yo relativamente estables y acordes con su papel” (2005: 8) y se produce en un contexto propio y colectivo. Esto equivale a decir que un Estado tiene múltiples facetas –ya sea como “soberano”, “líder del mundo libre”, o “potencia imperial”– y que las identidades son inherentemente relacionales (2005: 8).

Pensando en la relación con el concepto de interés, si la identidad se refiere a quién o qué son los actores, designando categorías sociales o formas de ser, los intereses se refieren a lo que los actores desean, designando así motivaciones que permiten explicar el comportamiento; por ende, sin las identidades, los intereses no tienen dirección y sin los intereses, las identidades no tienen fuerza motivacional. A juicio de Wendt, los intereses se escogen a la luz de las identidades y explica que “los intereses presuponen identidades, ya que un actor

no puede saber lo que quiere hasta que no sepa quién es, y, como las identidades tienen diversos grados de contenido cultural, los intereses también (1999: 231).

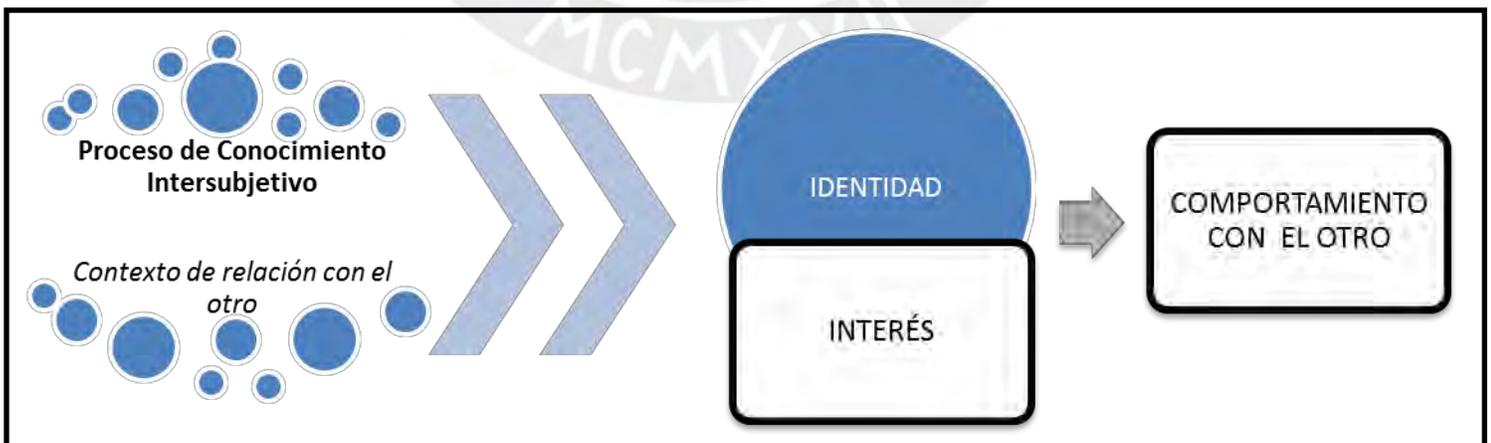
Recopilando lo anterior, los actores como los Estados, organismos internacionales, entre otros, van a construir procesos de conocimiento intersubjetivos que dan origen a ideas, las cuales toman la forma de identidad e interés. En las relaciones internacionales, los actores son agentes sociales; es decir, se definen a partir de la interacción con los otros. Así, resulta inevitable que los actores entren en este proceso de socialización, proceso en que los actores se hacen de ideas sobre sí mismos y sobre los demás que determinan su comportamiento. En otras palabras, la forma en la que “ven al mundo” establece la forma en la que se “comportan en el mundo”. Dicho esto, no resulta difícil comprobar, tal como señala Wendt, que “los Estados actúan de una forma con sus enemigos y de otra diferente con sus amigos, dado que los enemigos suponen una amenaza y los amigos, no” (2005: 7).

Este autor utiliza el siguiente ejemplo para graficar lo anterior: “la potencia militar de Estados Unidos tiene un significado diferente para Cuba que para Canadá, a pesar de que su posición estructural sea similar; de la misma forma que los misiles británicos tienen un significado diferente para Estados Unidos que el que tienen los misiles soviéticos” (2005: 7). En las relaciones entre actores internacionales, por lo tanto, importa quién es quién –el yo y el otro– y cómo se ven mutuamente. En este sentido, incluir este punto en el análisis resulta clave

para comprender las acciones de los actores. En esta línea, no se equivoca Wendt cuando señala que la distribución del poder puede que afecte siempre a los cálculos de los Estados, pero la manera en la que lo hace depende de las interpretaciones y de las expectativas intersubjetivas, y depende también de la distribución del conocimiento que da forma a sus concepciones de sí mismo y del otro (2005: 7).

El constructivismo ofrece elementos útiles para el análisis como *los actores internacionales* en la construcción de su propia *estructura internacional*. Es importante por la relevancia que se le otorga al papel de las *ideas* para definir la *identidad* y la consecuente determinación de los *intereses* de uno u otro actor; cuestión que resulta importante para entender el comportamiento de los actores. El siguiente gráfico vincula los conceptos a utilizar de la perspectiva constructivista, estableciendo una relación de mutua constitución entre estos.

Gráfico 1. Herramientas Teóricas del Constructivismo



Ahora bien, como se había mencionado, este trabajo busca incluir también los aportes de la psicología en el análisis del caso planteado para fortalecer la perspectiva constructivista en la explicación del comportamiento de los actores.

Aunque bien la teoría racional de la decisión supone que el actor cuenta con toda la información disponible acerca del problema planteado y conoce las alternativas –con sus respectivas consecuencias- entre las cuales puede elegir (Herrero 2006: 41), lo cierto es que estamos ante un modelo ideal, muy alejado de la forma en la que se toman las decisiones. La racionalidad es limitada no sólo porque es imposible contar y procesar toda la información, sino porque la subjetividad juega un papel muy importante en el proceso de toma de decisiones. Bajo una mirada psicológica, el comportamiento se puede explicar a partir de la teoría de la imagen que considera las percepciones e ideas del actor como variables centrales. Trasladando esta cuestión a la arena internacional, esta teoría ofrece la oportunidad de trabajar a nivel del Estado, sin descuidar el aspecto de la agencia individual.

Para los intereses de esta investigación, no se olvidará la recomendación de Robert Jervis, quien señala que para el estudio del comportamiento de los estados conviene echar un vistazo a la “caja negra” del mismo y profundizar en el estudio de [...] las percepciones de los *decision-makers* (2002: 2). Rodao, en esta línea, agrega que “la influencia de las percepciones en el proceso de toma de decisiones es generalizada. Aunque este proceso se refiera a los Estados y sus

relaciones con otros Estados, es obvio que no son entidades abstractas, sino que están compuestas de seres humanos susceptibles de las influencias de las imágenes” (2005: 215).

En relación al uso de la teoría de la imagen en las relaciones internacionales, Hermann señala que decidir explicar la acción a partir de las ideas del actor tiene importantes implicaciones en la investigación. Así, en la natural configuración de las relaciones internacionales, la tarea es complicada porque esto supone, primero, identificar las ideas de los líderes –los cuales tienen muchas razones para no revelarlas– y, a la vez, moverse desde el nivel individual del líder al nivel del actor colectivo, concediendo a este último cualidades antropomórficas (2003: 286). Considerando lo anterior, lo importante está en definir cuándo lo individual se asocia a lo colectivo o, lo que es, cuándo los límites entre ambos niveles de análisis se hacen difusos.

Al respecto, siguiendo a Hudson, contrario a la pregunta de si los líderes políticos importan en las relaciones internacionales, conviene mejor indagar *cuándo* importan estos líderes. Es decir, definir bajo qué circunstancias resulta fructífero investigar las características del líder. Dicha autora, por ejemplo, menciona a (i) las situaciones de crisis y (ii) las situaciones ambiguas e inciertas – debido a problemas de información– como variables contextuales a tomar en cuenta; e inclusive considera también al (iii) régimen político, ya que según las características del mismo puede brindar más o menos niveles de control político al

líder (2007:38). Dicho esto, aunque la prioridad será pensar en actores colectivos, durante el desarrollo del trabajo se tendrá en cuenta el aspecto individual para entender el comportamiento internacional.

Una vez establecido el doble nivel de análisis de la teoría de la imagen, se pasará a explicar las herramientas teóricas que ofrece esta perspectiva. En el escenario global, las relaciones entre los actores se producen, no entre ellos, tal y como existen en la realidad, sino entre imágenes más o menos precisas de los mismos. La manera en que los actores perciben, gestionan y proyectan sus imágenes juega un papel clave en el ámbito de las relaciones internacionales (Herrero 2012: 196). Dicho esto, conviene preguntarse cómo se forman estas imágenes.

Para esto, Rubén Herrero establece un marco de análisis basado en lo que él denomina el proceso de percepción y su relevancia en el proceso de toma de decisiones. Citando a Voss y Dorsey (1992), este autor señala que “el tejido de la realidad internacional son las percepciones que se generan en el proceso de percepción, entendiendo por este, un proceso de integración mediante el cual, los estímulos de la realidad operativa son interpretados por los actores, como resultado de la integración de estos estímulos con las percepciones, imágenes, las ideas y conocimientos del actor que percibe” (2012: 196). En este proceso de percepción, la realidad operativa –tal y como existe– y la realidad psicológica –

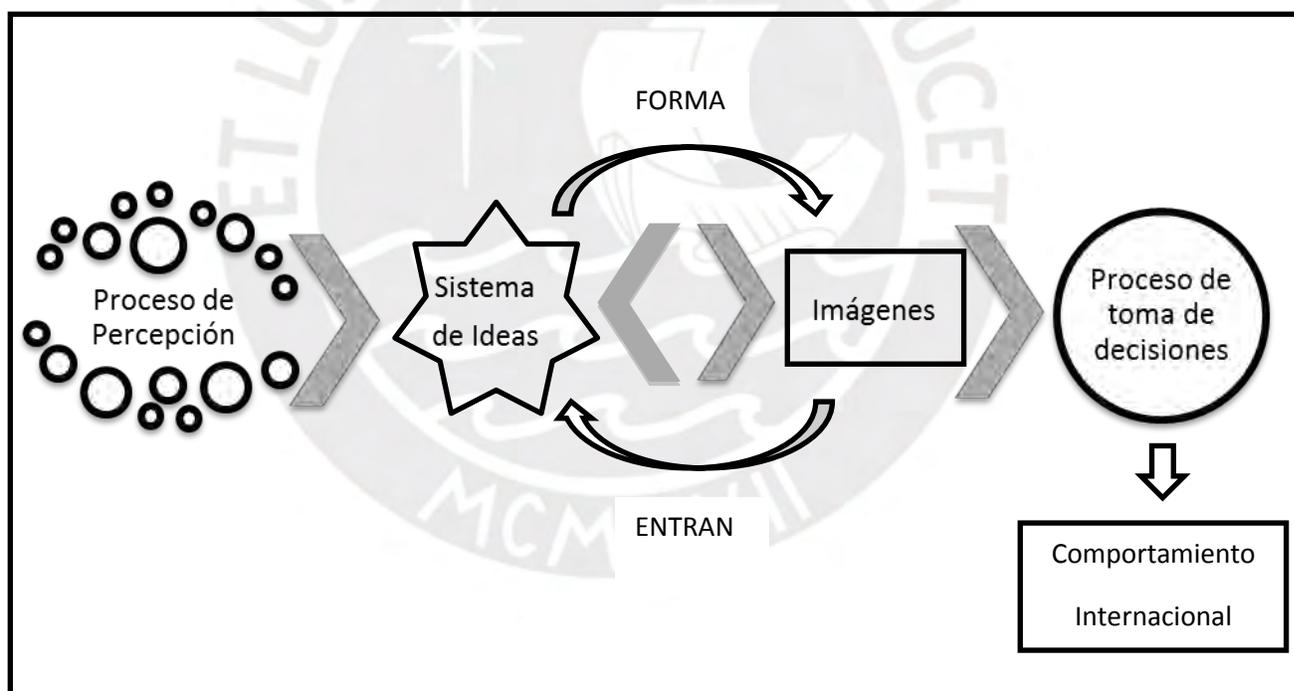
como el actor la percibe– (Jervis 1976: 13) se relacionan y producen nuevas, se modifican y/o consolidan imágenes e ideas.

Los resultados lógicos de este proceso son las imágenes que son definidas como las representaciones mentales de las percepciones. Son estructuras cargadas de contenido que ayudan a los actores en su interacción con el entorno (Herrero 2012: 196). Las imágenes, por su parte, tienen dos (2) dimensiones: la imagen de uno mismo y la imagen de los otros, las cuales forman las decisiones estratégicas (Boulding 1956). Así, las imágenes contienen información sobre las capacidades, la cultura, intenciones, tipo de grupos en la toma de decisiones (muchas o pocas personas involucradas en el proceso) y las percepciones de amenaza u oportunidad sobre uno u otro determinado actor (Cottam et al 2002: 44).

Las imágenes, de este modo, están relacionadas con las ideas. Citando nuevamente a Voss y Dorsey (1992), Herrero señala que una idea es la información que un actor tiene sobre otros actores ya sea en asuntos generales y materias específicas. Pero como las ideas en el vacío no tienen sentido, el actor integrará todas sus ideas en un sistema de ideas que le permita mejorar su relación con el entorno. Este sistema puede ser definido como una perspectiva general compuesta por las imágenes del pasado, el presente y del futuro, así como todo el conocimiento organizado que el actor tiene sobre sí mismo, los otros actores y el entorno que le rodea (2012: 198).

Este autor, en este sentido, plantea una relación bidireccional entre las imágenes y el sistema de ideas, señalando que “los actores usan las imágenes para tomar decisiones, pero en el proceso de formar imágenes, el sistema de ideas del actor jugara un papel clave. Y una vez una imagen es formada, si es considerada relevante, pasa a formar parte del sistema de ideas” (2012: 199). El gráfico 2 resume los aportes de la psicología política –sobre todo, la teoría de la imagen– en el estudio de las relaciones internacionales

Gráfico 2. Herramientas teóricas de la Teoría de la Imagen

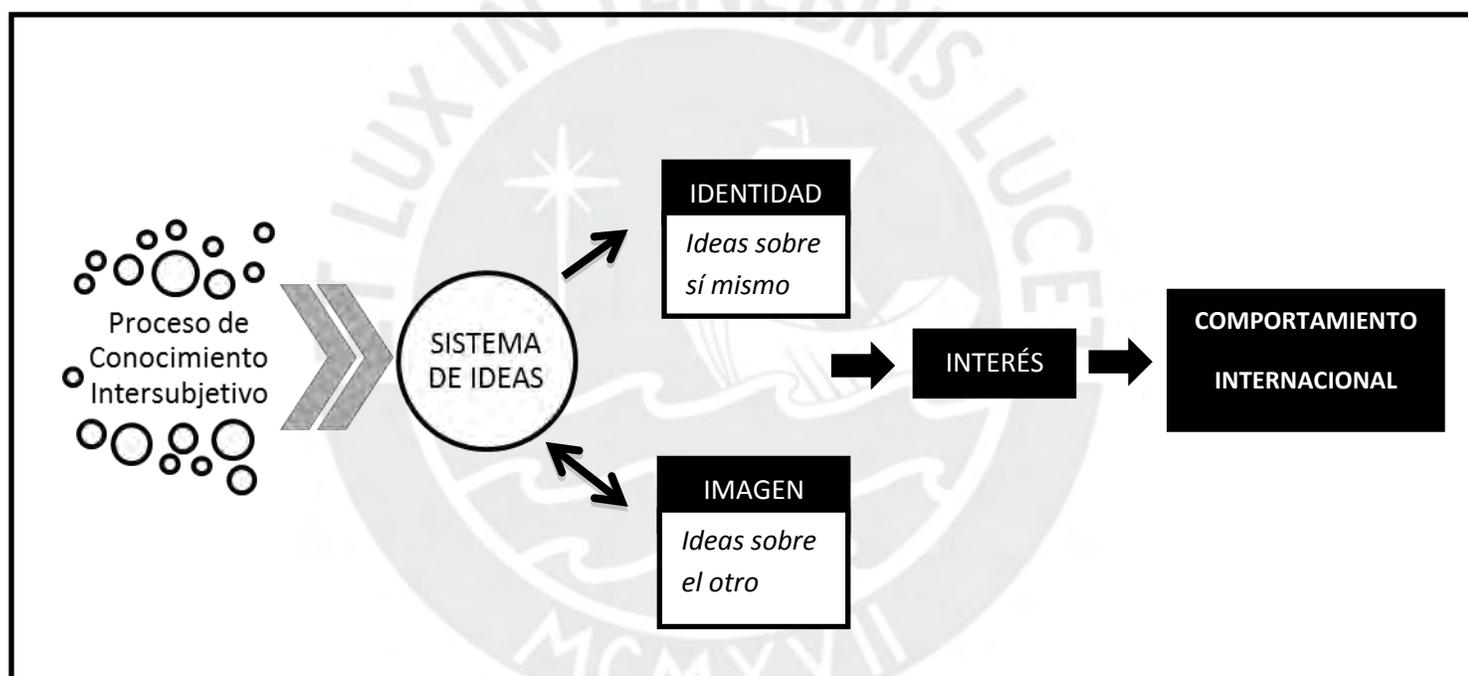


Fuente: Elaboración propia

Una vez reseñados los principales aportes del constructivismo y de la teoría de la imagen, se tratará de combinar los aportes de ambas perspectivas teóricas, buscando consolidar un marco útil para el estudio de las relaciones entre la ONU y

Ruanda. Así, esta investigación rescata elementos como el *proceso de conocimiento intersubjetivo*, *imagen del otro*, *identidad* e *interés* para poder entender el comportamiento de los actores cuando establecen relaciones con otros. En este sentido, el gráfico 3 busca presentar la relación que esta investigación establece entre dichos elementos pensada para el caso escogido.

Gráfico 3. Esquema Analítico del Comportamiento Internacional

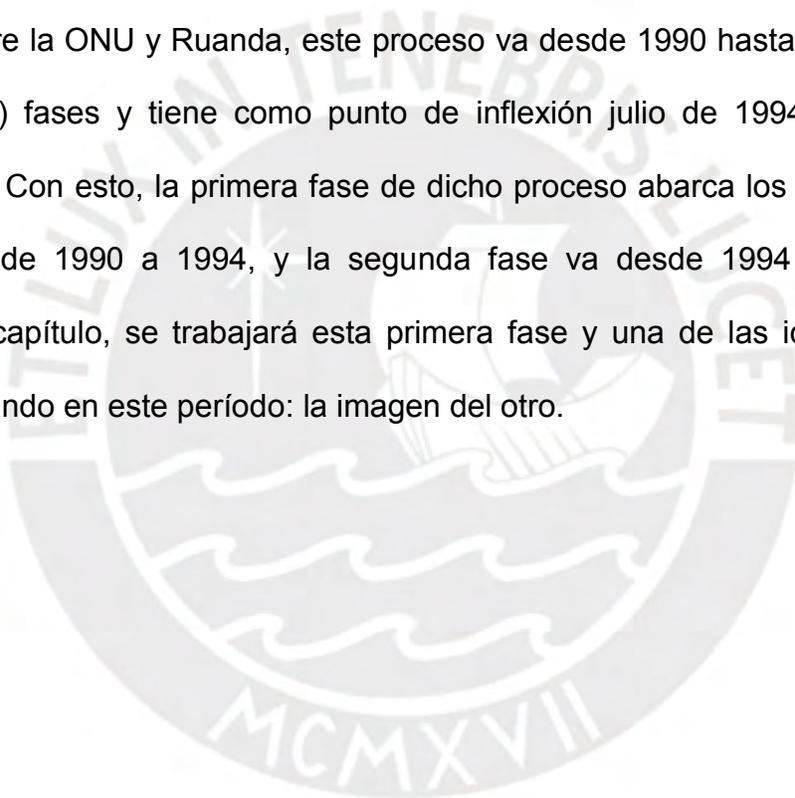


Fuente: Elaboración Propia

La explicación es sencilla. Las relaciones de los actores o, mejor dicho, la forma en la que se comportan cuando interactúan, dependen de las ideas que se han formado unos de otros. Dichas ideas se transforman y se definen en el proceso de conocimiento intersubjetivo. En este proceso, entre la ONU y Ruanda se irá configurando todo un sistema de ideas. Primero, las ideas sobre el otro, o lo

que se ha denominado como la *imagen*. Segundo, las ideas sobre sí mismo, categorizado como la *identidad*. Tercero, a partir de estas dos (2) ideas, se definirá el *interés* de cada actor. Con estas tres (3) ideas, se formularían expectativas de comportamiento para relacionarse con el otro; y, así, en la medida que los actores actúen contrario a dichas expectativas, las relaciones con el otro cambiarían.

Entre la ONU y Ruanda, este proceso va desde 1990 hasta 1996, se divide en dos (2) fases y tiene como punto de inflexión julio de 1994 con el fin del genocidio. Con esto, la primera fase de dicho proceso abarca los primeros cuatro (4) años, de 1990 a 1994, y la segunda fase va desde 1994 a 1996. En el siguiente capítulo, se trabajará esta primera fase y una de las ideas que se va transformando en este período: la imagen del otro.



CAPÍTULO 2: DÁNDONOS A CONOCER: LA ONU y RUANDA

El mundo había observado con las manos en el bolsillo – Paul Kagame, refiriéndose al genocidio de 1994.

En este capítulo los esfuerzos se concentran en la primera fase del conocimiento intersubjetivo entre la ONU y Ruanda. Una fase que, por cierto, coincide con el proceso del genocidio, pero inicia mucho antes de las primeras matanzas. Esta etapa tiene como punto de inicio octubre de 1990 con las primeras incursiones del FPR, el movimiento guerrillero que buscaba el retorno de los refugiados tutsis y el establecimiento de un régimen democrático en Ruanda, y culmina con el fin del genocidio en julio de 1994.

Al respecto, conviene dividir esta fase en momentos: uno, categorizado como el momento “seamos amigos”, en el que se llevaron a cabo las primeras interacciones entre la ONU y Ruanda, y se da inicio a la cooperación entre ambos actores para solucionar el conflicto; y otro, “¿Por qué? Éramos amigos”, en el que

el abandono de la ONU se hizo patente, dejando que las matanzas a miles de personas siga su curso.

De este modo, este capítulo busca presentar el camino por el que han transitado las ideas de ambos actores, a partir de los sucesos comprendidos en estos dos (2) momentos de la primera fase del proceso de conocimiento intersubjetivo. ¿Qué ideas? Si bien las ideas pueden ser tres (3) –la identidad, la imagen del otro y el interés– para los fines de este capítulo, resultará interesante analizar principalmente cómo se transforma la imagen que se tiene del otro durante esta primera fase del conocimiento intersubjetivo.

De este modo, a partir del recorrido de la imagen de los actores del ámbito de lo neutral hacia lo positivo entre 1990 y abril de 1994, se pretende mostrar que la cooperación entre la ONU y Ruanda marcaba la pauta de las relaciones. Con el genocidio, de abril y julio de este año, la imagen de la ONU iría en picada mientras que la de Ruanda seguiría en ascenso. En las siguientes líneas, se hará referencia a todo este proceso. Este es el objetivo de este capítulo.

2.1 Para entender la primera fase

Sin embargo, antes de abordar dicha fase, es preciso apelar a la historia ruandesa para poder entender los sucesos comprendidos entre 1990 y 1994, a saber el conflicto entre el FPR y el Poder Hutu, y sobre todo el desarrollo del

genocidio. Así, en este apartado se presenta un recorrido histórico de los principales eventos ocurridos en el país, previos a 1990.

Hay que indicar que la historia precolonial de Ruanda es todo un misterio. Se dice que el grupo twa habitaba originariamente el territorio de Ruanda. Este pueblo se dedicaba a la caza y artesanía, siendo luego progresivamente desplazado por el grupo hutu, los agricultores, que acabó convirtiéndose en la población dominante en el país. Años después, los tutsis migraron a Ruanda, procedentes del actual territorio de Somalia y se impusieron definitivamente en el siglo XV con la instauración de una monarquía y de un régimen feudal que sometía a los hutus y twa, condenándolos a una situación de vasallaje y esclavitud, respectivamente. Todos ellos formarían un sólo pueblo conocido como los banyaruanda con una división estamentaria, fuertemente establecida, según castas (Kapuscinski 2004: 177).

Con el pasar de los años, a pesar de su resistencia inicial, Ruanda cayó a finales del siglo XIX en manos de los europeos. Primero, de los alemanes –desde 1899 y hasta su derrota en la I Guerra Mundial– y luego de los belgas por mandato de la otrora Sociedad de las Naciones, ahora ONU (Ruiz-Giménez 2003: 107). Durante mucho tiempo, los belgas no mostraron interés en el país en tanto se ubicaba muy lejos de las costas, acceder a él era tarea compleja y, sobre todo, porque no se habían encontrado materias primas importantes.

Debido a esto, el ancestral sistema social de los banyaruanda se mantuvo hasta la segunda mitad del siglo XX, compartiendo muchos rasgos parecidos al feudalismo europeo: gobernaba el país un monarca rodeado por un grupo de aristócratas y por un gran número de nobles de alcurnia. Todos estos eran de la casta dominante, la de los tutsis, siendo su mayor riqueza: el ganado (Kapuscinski 2004: 178). Los tutsis, en este sentido, poseían un gran poder como dueños de los rebaños y se impusieron en el país hasta 1959.

En dicho año, sin embargo, estalló una sublevación campesina. Entre 1959 y 1961, más de 20,000 tutsis fueron asesinados y otros 130,000 tuvieron que refugiarse en los países vecinos (República Democrática del Congo, Burundi o Uganda, por ejemplo). Así, nutridos grupos de campesinos hutus, desbocados, animados, envalentonados y armados con machetes y lanzas, se abalanzaron sobre sus amos y señores tutsis. La masacre fue cuantiosa. La monarquía y el feudalismo dejaron de existir y la casta tutsi perdió su posición dominante (Kapuscinski 2004: 181).

Se estableció, de este modo, la Primera República con el poder en manos de los hutus. Ruanda en 1961 obtuvo autonomía interna y el 1 de julio de 1962 la total independencia, formando el primer gobierno hombres pertenecientes a la casta victoriosa encabezada por el joven periodista Grégoire Kayibanda (Kapuscinski 2004: 181), quien se mantendría en el poder por once (11) años.

La tensión entre hutus y tutsis volvió a manifestarse en 1972 y 1973. Esto debido a que en la vecina Burundi había ocurrido todo lo contrario a los sucesos de 1959 y, en consecuencia, tenía repercusiones importantes para el país: la sublevación hutu en 1972 en Burundi no fue exitosa. Los tutsis respondieron a la sublevación matando a más de 100,000 hutus, a la vez que cientos de miles se intentaban refugiar en Ruanda (Kapusinski 2004: 186). La situación era crítica en el país.

Ante esto, en julio de 1973 el general de división Juvénal Habyarimana tomó el poder tras un golpe de estado contra el presidente Kayibanda, proclamando la Segunda República y estableció un gobierno militar. Habyarimana presidió el nuevo Consejo de Ministros, suspendió la legislatura y prohibió la actividad política hasta julio de 1975, cuando formó el nuevo partido Movimiento Revolucionario Nacional para el Desarrollo (MRND). Con este, instauró un régimen de partido único que obtuvo buenos resultados en la mejora del nivel de vida de la población. Gracias a las divisas del café (representaba entre el 60% y 80% de los ingresos del Estado), la ayuda internacional, el MRND efectuó mejoras importantes en sanidad, agua potable, electricidad, educación y red de carreteras (Ruiz-Giménez 2003: 109)

Habyarimana ejerció el poder hasta su muerte. Al ser de corte más radical, quiso imponer un régimen dictatorial en el país introduciendo el sistema de partido de único, en el que él sería el líder y todo giraría a su alrededor. En sus inicios, se

dedicó a reforzar su régimen dictatorial, mostrándose como amo y señor de toda Ruanda. Con él, se configuraría una nueva relación de poder en el juego político: ya no más Hutus vs. Tutsis, sino una dicotomía entre Poder vs. Oposición. Un hutu perjudicial para el régimen podía ser enviado a prisión o ejecutado, mientras que un tutsi podía ocupar cargos públicos si se mostraba leal a él (Kapuscinski 2004: 186).

Dada esta forma de gobernar, Habyarimana se hizo de muchos enemigos, la presión nacional e internacional le podía y cedió mucho terreno a la oposición y los agentes cooperantes extranjeros que reclamaban una mayor apertura del sistema político y a la democratización del mismo. En este punto de la historia, es importante recordar el año 1959 y los sucesos ocurridos dicho año. Las relaciones con la vecina Uganda habían sido habitualmente tensas, sobre todo por la presencia de 250,000 refugiados tutsis en ese país, quienes, en su mayoría, eran los que abandonaron sus hogares tras las persecuciones hutus en dicho año y los posteriores.

En este país, con el pasar de los años, se estaba forjando un ejército bien preparado y listo para la lucha, un ejército de vengadores tutsi que piensan, inevitablemente, en cómo tomarse revancha por la humillación y el daño infligido a sus familias (Kapuscinski 2004: 188). Los ingredientes para el inicio del conflicto ya estaban listos. Con estos puntos en mente, es turno de abordar los eventos de 1990 a 1994.

2.2 Empezamos a conocernos

Como ya se mencionó, la primera fase del conocimiento intersubjetivo entre la ONU y Ruanda ha sido dividida en dos (2) momentos. El primero de ellos aborda los primeros contactos entre ambos y cómo van surgiendo las intenciones de cooperar, a partir de la construcción de imágenes de cada uno; mientras que el segundo representa el momento decisivo en el que finalmente los actores llegan a conocerse.

2.2.1 Seamos amigos

Sería recién en octubre de 1990, tras muchos años de preparación, que el FPR intentaría invadir el país. Como se había señalado, dicho grupo estaba formado por unos 6,000 soldados, descendientes de ruandeses de origen tutsi que habían huido a Uganda desde 1959, y pretendía el retorno de los refugiados y la instauración de un régimen democrático. Mientras el gobierno hutu de Ruanda acusaba a Uganda de promover dicha invasión, su ejército consiguió frenar la ofensiva con apoyo del gobierno francés. Ruanda fue dividida de facto ya que el FPR si bien interrumpió su ofensiva no pensaba retirarse del país, ocupando los territorios del nordeste (Kapuscinski 2004: 189).

El FPR repitió las incursiones a Ruanda a fines de 1990 y principios de 1991. Las negociaciones no tuvieron éxito hasta el 22 de julio de 1992 cuando se llegó a un acuerdo para un nuevo alto el fuego y la presencia de un Grupo de

Observación Militar (GOM) patrocinado por la Organización de la Unidad Africana (OUA). Las hostilidades se reanudaron a comienzos de febrero de 1993 e interrumpieron los esfuerzos de paz que esta organización brindaba (ONU: 1). El conflicto ruandés se hizo de índole internacional con la participación de este organismo regional. Sin embargo, sus esfuerzos se veían limitados por la intransigencia de las partes involucradas.

Paralelo a esto, el gobierno de Ruanda acusaba a su par de Uganda de apoyar al FPR en sus intervenciones militares, a la vez que este país negaba dichas afirmaciones. Para evitar entredichos, el 22 de febrero de 1993, ambos países pidieron ayuda a la ONU para determinar los hechos. En cartas por separado dirigidas al Presidente del Consejo de Seguridad, Ruanda y Uganda pidieron el despliegue de observadores militares de las Naciones Unidas a lo largo de la frontera común de 150 kilómetros para impedir el uso militar en la zona, especialmente el transporte de suministros militares. Al respecto, el Secretario General Boutros Boutros-Ghali decidió enviar una misión de buenos oficios a ambos países del 4 al 18 de marzo de 1993 (ONU: 1).

Mientras tanto, los esfuerzos por parte de la OUA llegaron a buen puerto y se realizó una reunión entre el Gobierno de Ruanda y el FPR del 5 al 7 de marzo de 1993 en Dar es Salam, la capital de Tanzania. El Gobierno de Ruanda y el FPR acordaron un nuevo cese al fuego y se comprometieron a retomar las conversaciones de paz en Arusha. Las negociaciones se realizaron el 16 de marzo

de dicho año. De todas maneras, el 12 de marzo, el Consejo de Seguridad, en su resolución 812, instó al Gobierno de Ruanda y al FPR a que respetaran los acuerdos y pidió al Secretario General que estudiara la petición de Ruanda y Uganda del despliegue de observadores (ONU: 1).

Con lo anterior, se iniciaron los primeros contactos entre el FPR y la ONU. Este organismo internacional empieza a involucrarse en el conflicto, aunque no tan directamente. Ambos empiezan a conocerse. En este punto, conviene preguntarse que podría pensar la ONU de este movimiento guerrillero que atacaba a un Estado. Puede ser prejuicioso pero no resulta difícil pensar que, en el imaginario de este organismo internacional, se configuraron ideas como que la rebeldía del FPR se basaba en su ambición de poder o en sus ansias de enriquecerse con el tesoro público. Dicha cuestión nunca llegó a exteriorizarse por parte de la ONU, que, en principio, veía con buenos ojos que las partes en conflicto empiecen a dialogar y busquen llegar a un acuerdo de paz.

Respecto a lo petición del Consejo de Seguridad, el Secretario General envió una misión técnica a la zona fronteriza de ambos países a inicios de abril de 1993. Dicha misión, por su parte, informó que sería posible el despliegue de observadores militares de las Naciones Unidas para supervisar la frontera entre Uganda y Ruanda, a fin de verificar que no se estaban proporcionando suministros militares a través de ella (ONU: 1).

Por su parte, el 11 de junio, el Gobierno Ruandés y el FPR instaron conjuntamente a la ONU a que enviara una misión de reconocimiento al país para preparar el rápido despliegue de una fuerza internacional neutral tan pronto como se firmara el acuerdo de paz. Además, las dos (2) partes recibieron con agrado la sugerencia de la OUA de que la ONU asumiera la responsabilidad de la fuerza (ONU: 1). Con esto, conviene preguntarse si el FPR confiaba realmente en la ONU como tercero en el conflicto. Aún no había razones para no hacerlo, pero tampoco queda claro que la imagen de la ONU sea totalmente positiva. Sea como sea, parece que contar con la intervención de este organismo internacional, dados sus recursos y logística, era la mejor opción, a sabiendas que llegar a implementar futuros acuerdos era tarea complicada.

Mientras se discutía esto, el 22 de junio de 1993, el Consejo de Seguridad, mediante resolución 846, autorizó la creación de UNOMUR, la Misión de Observadores de las Naciones Unidas para Uganda y Ruanda. Con esto, la ONU hacía acto de presencia en el país, pero UNOMUR sería solo el primer paso de su intervención en el conflicto. Por su parte, el Consejo de Seguridad felicitó la decisión del Secretario General de apoyar las operaciones de la OUA a través del GOM. Del mismo modo, nuevamente pidió al Gobierno de Ruanda y al FPR que llegaran rápidamente a un acuerdo de paz, y solicitó al Secretario General que informara sobre la contribución que la ONU podía realizar para ayudar a la OUA a llevar a la práctica el acuerdo mencionado (ONU: 1).

En agosto de 1993, finalmente Habyarimana y el coronel Alex Kanyarengwe del FPR, firmaron en Arusha un tratado de paz. Con esto, el gobierno ruandés aceptaba la apertura democrática, se preveía el establecimiento de un gobierno de transición de base amplia hasta las elecciones y la incorporación de tutsis al gobierno, legislativo y ejército. Como ya se había anticipado, ambas partes pidieron ayuda a la ONU para llevar a la práctica el acuerdo. La incorporación de los tutsis fue la cuestión más controvertida durante las negociaciones, ya que no sólo suponía la incorporación de unos 20,000 tutsis al ejército y el reparto al 50% de las estructuras de mando. También implicaba la desmovilización de dos tercios del ejército, lo que era visto por los sectores radicales del régimen como una traición del presidente (ONU: 1; Ruiz-Giménez 2003: 117). El gobierno tambaleaba internamente, a la vez que el líder se hacía cada vez más débil frente a otros sectores políticos.

A fin de determinar la viabilidad de una fuerza internacional para velar por los acuerdos, una misión de reconocimiento de la ONU visitó el país del 19 al 31 de agosto de 1993. Sobre la base de los resultados de esta misión, el Secretario General recomendó al Consejo de Seguridad el establecimiento de UNAMIR, con el mandato de contribuir a la creación y el mantenimiento de una atmósfera que conduzca al establecimiento y al posterior funcionamiento del gobierno de transición. Así, sus funciones principales serían las siguientes:

- Contribuir a preservar la seguridad de la capital de Kigali

- Supervisar el acuerdo de cesación del fuego, incluido el establecimiento de una zona desmilitarizada ampliada y los procedimientos de desmovilización
- Vigilar la situación en lo que se refiere a la seguridad durante el período final del mandato del gobierno de transición, hasta que se celebren las elecciones; y ayudar en la remoción de minas.
- Investigar los casos en que se afirme que se ha incumplido cualquier disposición del acuerdo de paz y supervisaría el proceso de repatriación de los refugiados y de las personas desplazadas.
- Ayudar en la coordinación de las actividades de asistencia humanitaria junto con las operaciones de socorro (ONU: 1).

UNAMIR se estableció el 5 de octubre de 1993 mediante resolución 872 para un período inicial de seis (6) meses, con oportunidad de ser renovado. El mandato de esta misión debería finalizar después de celebrar las elecciones nacionales y de la instalación de un nuevo gobierno en Ruanda, lo que se preveía debía ocurrir antes de octubre de 1995, o a más tardar en diciembre de 1995. El General Dallaire, quien sería nombrado como Comandante de la Fuerza de la UNAMIR, llegó a Kigali el 22 de octubre de 1993. El Gobierno firmó un acuerdo sobre el estatuto de las fuerzas el 5 de noviembre de 1993, y se envió una copia al FPR. Este último confirmó su buena disposición para cooperar en su ejecución (ONU: 2).

Con UNAMIR, por fin, la ONU se involucraba directamente en el conflicto. Había confianza en las partes. El FPR se había mostrado comprometido con la

consecución de la paz, a la vez que la operación parecía sencilla, una intervención corta y con el uso de pocos recursos. El tiempo demostraría lo contrario.

Mientras tanto, el Gobierno ruandés y el FPR emitieron una declaración conjunta el 10 de diciembre de 1993 en la que reafirmaban su compromiso para lograr los objetivos establecidos en el Acuerdo de Paz de Arusha. En relación a esto, acordaron establecer el gobierno de transición de base amplia antes del 31 de diciembre de 1993. El ambiente era bueno y las expectativas de solución eran altas ya que a pesar de existir ciertas muestras de intransigencia, las partes mostraron buena voluntad y cooperación entre sí y con la ONU. Por lo tanto, el Secretario General aconsejó al Consejo de Seguridad que UNAMIR siguiera ejecutando su mandato, que aprobaría estas propuestas en su resolución 893 del 6 de enero de 1994 (ONU: 2). Todo iba bien y, así, la confianza entre el FPR y la ONU iba en aumento.

En el Acuerdo de Paz de Arusha se preveía que el actual Jefe de Estado seguiría ocupando el cargo hasta que se celebraran las elecciones. Por lo tanto, Habyarimana prestó juramento como Presidente de Ruanda el 5 de enero de 1994. Sin embargo, el gobierno de transición no se constituía, ya que las partes no se pusieron de acuerdo en varias cuestiones, sobre todo en quiénes serían los miembros de dicho gobierno. Este fracaso contribuyó a que empeorara la situación en materia de seguridad. Así, durante enero y febrero tuvieron lugar manifestaciones cada vez más violentas, barricadas, asesinatos de dirigentes

políticos y asaltos y asesinatos de civiles. A finales de febrero, dos (2) importantes dirigentes políticos fueron asesinados y un convoy del FPR escoltado por la UNAMIR cayó en una emboscada. Ante estos hechos, el Gobierno ruandés impuso un toque de queda en Kigali y en otras ciudades, a la vez que UNAMIR prestó un creciente apoyo a la gendarmería nacional y la situación en materia de seguridad comenzó a estabilizarse (ONU: 2).

Pese a la tensión y la inseguridad en aumento, se mantuvo el cese al fuego. De este modo, el Secretario General informó al Consejo de Seguridad el 30 de marzo de 1994 de que, a pesar de lo anterior, encontraba alentador que las partes hubieran mantenido el proceso de diálogo. Creía que UNAMIR debía continuar apoyando ese diálogo y por eso recomendó ampliar el mandato de UNAMIR seis (6) meses más. Durante ese tiempo, lo mantendrían informado de los progresos, pero también si es que no se lograba establecer el gobierno de transición antes de los dos (2) primeros meses (ONU: 2).

En este último escenario, el Consejo de Seguridad tendría que estudiar la situación, incluido el papel desempeñado por la ONU. Dado esto, el 5 de abril, el Consejo de Seguridad, en su resolución 909, decidió prorrogar el mandato de la UNAMIR hasta el 29 de julio de 1994, expresando su enorme preocupación por el retraso en el establecimiento de las instituciones de transición y por el deterioro de la seguridad (ONU: 2). Hasta el momento, si la imagen que cada uno tenía del otro

transitaba por el ámbito de lo positivo, con el genocidio estas terminarían por definirse.

2.2.2 Haciendo un paréntesis: Cómo organizar un genocidio

Para entender el genocidio que se llevó a cabo entre abril y julio de 1994, es preciso que antes se haga referencia a la ideología que se encuentra en el fondo de tan macabra iniciativa y los preparativos para llevarla a cabo.

En estos cuatro (4) años, de 1990 a 1994, los años de negociación, se fue gestando una ideología dentro del clan akazu, un grupo de poder chovinista *in extremis* muy cercano al presidente encabezado por su esposa Agathe. Sus ideólogos eran científicos y profesores de los departamentos de historia y filosofía de la Universidad de Butare, los cuales proclamaban los principios de una ideología que justificaba el genocidio como única salida, como el único medio para la supervivencia frente a una raza, los tutsis, diferente y extraña a ellos. Los tutsis se apoderaron de todo lo que tenía valor en Ruanda, los hutus fueron reducidos a la condición de pueblo conquistado condenado a la miseria, el hambre y la humillación; pero ya era hora de recuperar la identidad y dignidad. Los tutsi debían de dejar de existir para siempre (Kapusinski 2004: 176).

Los preparativos debían empezar pronto y así fue. El ejército aumentó sus filas, pasando de 5,000 hombres a 35,000 soldados. La Guardia Presidencial se iría profesionalizando y adquiriendo mayor *expertise* en el manejo de nuevo

armamento. Se hizo hincapié en la creación de una organización paramilitar de masas, conocido como Interahamwe, a la que pertenecían jóvenes en paro, campesinos pobres, escolares, universitarios y oficinistas que recibían cursos de instrucción militar e ideológica con el objetivo de que sean ellos los que lleven a cabo la solución única. Paralelamente, se fueron confeccionando listas de personas hostiles al poder, sospechosos de todo tipo, poco fiables, ambiguos, descontentos, pesimistas, escépticos y liberales, algunos hutu pero sobre todo tutsi. Del mismo modo, el uso de los medios de comunicación sería importantes para transmitir e interiorizar el mensaje en la sociedad: se usó el periódico Kangura; pero, sobre todo, la Radio de las Mil Colinas, la principal fuente de información de donde salía la propaganda ideológica (Kapuscinski 2004: 177).

Con los acuerdos de 1993, sabían que la hora había llegado. El 6 de abril de 1994 el avión presidencial que volvía de Dar Es Salam en Tanzania se incendió y estalló al aterrizar en el aeropuerto de Kigali, muriendo sus diez (10) pasajeros, entre los que se encontraba el presidente Habyarimana y su homólogo de Burundi, Cyprien Ntaryamira. No se aclaró la autoría del atentado, aunque bien se acusó al FPR del mismo desde el primer momento² (Ruiz-Giménez 2003: 122).

² Por un lado, algunos señalan que fue la propia Guardia Presidencial quien, con apoyo de mercenarios franceses, derribaron el avión para eliminar a su presidente, a quien el clan akazu consideraba como un traidor. Sería el pretexto perfecto para poner en marcha los planes genocidas. Por el otro, sobre la culpabilidad del FPR, en marzo del 2000 un periódico canadiense había publicado un memorándum de la ONU en el que se denunciaba que el FPR era responsable del ataque al avión el 6 de abril de 1994 que acabó con la vida del presidente Habyarimana, y que el actual presidente Paul Kagame había sido quien ordenó el ataque. La información había sido facilitada por el fiscal del TPIR que había investigado los hechos, aunque el

El atentado sirvió como excusa para poner en marcha el genocidio. Pocos minutos después del asesinato, la guardia presidencial y la milicia Interahamwe bloquearon la salida de la ciudad y durante los días siguientes recorrieron el país con las listas de objetivos. De este modo, los ataques se dirigieron contra todo aquel percibido como hutu, pero también contra algunos líderes del gobierno –una de las primera víctimas fue la Primera Ministra Agathe Uwilingiyamana y un batallón de diez (10) soldados belgas que la protegían–, y miembros de la oposición (periodistas, activistas de derechos humanos, profesores universitarios, líderes campesinos o religiosos, trabajadores de ONG y agencias internacionales), muchos de ellos de origen hutu (Ruiz-Giménez 2003: 122).

A la señal de “cortar los árboles altos”, propagada por los medios de comunicación, las matanzas fueron generalizadas. Gran parte de la población hutu participó en la histeria colectiva, siendo la orden matar a todos los tutsis. Al principio tuvo lugar en Kigali y después se extendió por todo el país. Se disparó a civiles, hombres, mujeres y niños, se les aniquiló con misiles o granadas, se les hizo pedazos con machetes o se les quemó vivos. Mucha gente fue atacada en iglesias a las que habían acudido en busca de refugio. Se arrojaron decenas de miles de cuerpos a los ríos y fueron arrastrados por la corriente (ONU: 3).

ataque al avión no se consideraba parte del genocidio, pero había sucedido dentro del periodo que debía investigar el TPIR. En abril de 1994, Kagame rechazó las acusaciones alegando que el informe intentaba absolver a la ONU de su parte de culpa en el genocidio.

A mediados de abril de 1994, el FPR reanudó su actividad desde su baluarte del norte, con la intención de reavivar su batallón para restaurar el orden y detener las masacres. De este modo, lanzó una ofensiva desde las posiciones que ocupaba en el país y atacó al gobierno provisional que se había establecido el 8 de abril de 1994, tras la muerte del Presidente Habyarimana. Dado que los enfrentamientos entre las fuerzas armadas y el FPR se intensificaron, el gobierno provisional abandonó Kigali el 12 de abril de 1994 y se estableció en Gitarama, a 40 kilómetros al sudoeste. Mientras las fuerzas del FPR iban avanzando por el país, se produjo una huida masiva de población tanto al interior de Ruanda como hacia los países vecinos. A finales de abril, se contabilizaban más de 250,000 desplazados en el área controlada por el FPR en el norte, mientras que 1,200,000 escapaban hacia el sur y otros 400,000 que se refugiaba en otros países. A finales de mayo de 1994, el FPR había ocupado aproximadamente la mitad del territorio del país, incluidas posiciones fuertes en Kigali y en los alrededores de esa ciudad. (ONU: 3; Ruiz-Giménez 2003: 128).

El FPR seguía avanzando y el 4 de julio se haría finalmente con la capital del país. Con esto, siendo el triunfo total del FPR solo una cuestión de tiempo, unos 1,500,000 o 2,000,000 de hutus huían en un éxodo masivo hacia el antiguo Zaire –ahora, República Democrática del Congo– y Tanzania por miedo a una posible venganza, reforzado por las violaciones a derechos humanos cometidos por el FPR en su contraofensiva y, sobre todo, por los avisos incendiarios de la Radio de las Mil Colinas. La huida masiva fue orquestada por los mismos

responsables del genocidio y, en consecuencia, escondidos entre la multitud de hutus que de alguna u otra manera habían participado en las matanzas, también se encontraban miembros de la Guardia Presidencial, Fuerzas Armadas y de los Interahamwe quienes las habían ideado. Así, el régimen hutu, ante el avance del FPR, huía con todo su aparato militar casi intacto (Rugumamu y Gbla 2003: 5; Ruiz-Giménez 2003: 134).

El 18 de julio el FPR tomó el poder definitivamente casi en la totalidad del país, declaró su victoria y declaró un alto al fuego unilateral. El genocidio había llegado a su fin luego de un poco más de tres (3) meses, dejando atrás muerte y devastación. Sin embargo, ese no sería su único legado. Mientras los del FPR eran vistos como los héroes, a partir del papel de UNAMIR durante las matanzas, la imagen de la ONU ya estaba definida. Pero, no para bien.

2.2.3 ¿Por qué? Éramos amigos

Al inicio de las matanzas, UNAMIR vio que era imposible llevar a cabo su mandato original, cuestión que hizo que decidiese concentrarse en las siguientes actividades:

- Asegurar un cese al fuego seguida de negociaciones políticas
- Proteger a los civiles
- Negociar una tregua que permitiera la evacuación de los extranjeros
- Prestar asistencia en evacuaciones
- Rescatar a aquellos que se encontraban bloqueados por los enfrentamientos

- Prestar asistencia humanitaria a las personas desplazadas (ONU: 3)

Sobre esto, a pesar de los contactos directos establecidos bajo los auspicios de UNAMIR, ambas partes adoptaron posiciones rígidas, lo cual deterioró las negociaciones para un cese al fuego. La violencia continuaba en las calles, al igual que los enfrentamientos entre las fuerzas del Gobierno ruandés y el FPR seguía. El 12 de abril de 1994, el gobierno de Bélgica anunció formalmente que sacaría sus tropas del país. El cuartel general de la UNAMIR fue atacado el 19 de abril, pero no hubo víctimas (ONU: 3).

El 20 de abril de 1994, el Secretario General informó al Consejo de Seguridad que no podía dejarse indefinidamente en situación vulnerable al personal de la UNAMIR, cuando no había posibilidad de que desempeñaran las tareas para las cuales fue enviado. Tras la partida del contingente belga y del personal no esencial, los efectivos militares de la UNAMIR se redujeron a 1,515 militares de los 2,165 anteriores, y el número de observadores militares se redujo a 190 de los 321 anteriores (ONU: 3). Mientras seguía muriendo una gran cantidad de ruandeses, UNAMIR estaba reducida en su personal y peligraba la integridad de los mismos. ¿Qué hacer? ¿Pensar en uno mismo o en los miles de posibles víctimas?

Al respecto, se propusieron tres (3) alternativas. Al pensar que no había ninguna posibilidad realista para lograr un acuerdo eficaz de cese al fuego, se creyó que la única forma de evitar los combates y las matanzas era mediante el

fortalecimiento de la UNAMIR. Esto requería varios miles de efectivos más y que se otorgara a la UNAMIR poderes coercitivos en virtud del Capítulo VII de la Carta de las Naciones Unidas. Alternativamente, un grupo reducido, encabezado por el Comandante de la Fuerza, se quedaría en Kigali para actuar como intermediario entre las dos (2) partes. Esta operación requeriría 270 militares. Por último, el Secretario General señaló que la UNAMIR se podía retirar completamente (ONU: 3). Era ser o no ser, pero se abría una opción intermedia.

El 21 de abril de 1994, el Consejo de Seguridad decidió, mediante su resolución 912, reducir la UNAMIR a las cifras que el Secretario General recomendó en su segunda alternativa. Conforme a su nuevo mandato, la UNAMIR actuaría como intermediaria entre las partes en un intento de conseguir el cese al fuego, ayudaría a que se reanudaran las operaciones de ayuda humanitario en la medida de lo posible y vigilaría los acontecimientos en Ruanda, incluida la seguridad de los civiles que pidieran refugio a la UNAMIR (ONU: 3). Con esto, mientras las matanzas iban en aumento, la ONU decidía proteger a su misión, cuando no a los civiles. El abandono iba comenzando.

Antes de finales de abril de 1994, Kigali se había dividido de manera impresionante en sectores controlados por las fuerzas armadas del Gobierno ruandés y el FPR, con intercambios frecuentes de fuego de artillería y de mortero. La UNAMIR aportó pruebas concisas de que se estaban preparando más matanzas de civiles en la ciudad. Mientras tanto, las matanzas continuaban en

gran escala en el campo, especialmente en el sur. Los acontecimientos plantearon graves interrogantes sobre la viabilidad del mandato modificado de la UNAMIR. Según el Secretario General, estaba claro que la UNAMIR no estaba autorizada para adoptar medidas eficaces para detener las continuas matanzas y que sería imposible proteger a las personas amenazadas en Kigali, si se iniciaba una nueva oleada de matanzas (ONU: 3).

El Secretario General estaba convencido de que estas matanzas –hay que señalar que nunca utilizó la palabra *genocidio* para describir las matanzas– sólo se podían evitar si se restauraba el orden público, por lo que instó al Consejo de Seguridad a que examinara nuevamente las medidas, incluidas las de fuerza, que podría adoptar o autorizar a adoptar a los Estados Miembros. Sin embargo, estas medidas requerirían una aportación de recursos humanos y materiales de una envergadura que hasta entonces los Estados Miembros habían sido reacios a considerar (ONU: 3; Barnett 2002: 187).

Aun así, el Secretario General creía que el grado de sufrimiento humano y las implicaciones que este tenía para la estabilidad regional no le dejarían al Consejo de Seguridad otra opción que examinar esta posibilidad (ONU: 3). Sin embargo, como venían desarrollándose los acontecimientos, resultaba obvio que el sufrimiento de los ruandeses no movía ningún nervio sensible en los miembros del Consejo de Seguridad. ¿La estabilidad de la región? Puede ser, pero la región

de los Grandes Lagos no tenía ni importancia estratégica ni a nivel de recursos para las grandes potencias.

El 13 de mayo de 1994, el Secretario General recomendó un nuevo mandato de la UNAMIR, que incluyera 5.500 soldados. Así, mediante la Resolución 918 del 17 de mayo de 1994, el Consejo de Seguridad impuso un embargo de armas a Ruanda; se amplió el mandato de UNAMIR para que pueda contribuir a la seguridad y la protección de los refugiados y los civiles en peligro, a través de medios como el establecimiento y mantenimiento de zonas humanitarias seguras, y la provisión de seguridad para las operaciones de socorro en la medida posible; y se autorizó la ampliación de la UNAMIR a 5,500 soldados (ONU: 3).

Sin embargo, no se podía utilizar la fuerza salvo en legítima defensa y, por tanto, la tarea de proteger a los ruandeses se hacía más complicada. La consigna era clara: pretender hacer algo, cuando en realidad no se hace nada. Es más la respuesta fue incluso más limitada que en el papel ya que a pesar de la autorización del Consejo de Seguridad, el despliegue del nuevo mandato de UNAMIR se encontró con la negativa de los países a aportar tropas.

Mientras tanto, el genocidio seguía su desarrollo, el FPR avanzaba por el país y el despliegue del nuevo UNAMIR nunca se daba. El abandono era patente. Desde la ONU no se iba a detener el genocidio. Nadie quería hacerlo, salvo Francia; pero, este país tenía su propia agenda y no era precisamente del todo humanitaria.

A partir de la propuesta francesa, el Consejo de Seguridad, mediante Resolución 929 de 22 de junio de 1994, autorizó la “Operación Turquesa”, una misión humanitaria multinacional encabezada por Francia que estableció una zona de protección humanitaria en el suroeste de Ruanda. Esta operación buscaba cumplir con el papel que aún no lograba UNAMIR y su duración se extendería hasta agosto del mismo año (ONU: 4). Sin embargo, fue muy criticada por el FPR, quien aducía que su presencia sólo complicaba la situación del país dado que protegía la huida de sus aliados en el gobierno, los responsables del genocidio (Ruiz-Giménez 2003: 136).

En julio de 1994, ya el FPR ya había puesto fin a las matanzas por su propia cuenta. Ni UNAMIR ni la “Operación Turquesa” habían contribuido con detener el genocidio. Con su fin, la primera fase del proceso de conocimiento intersubjetivo había culminado y, con esto, la imagen la ONU y su papel en el genocidio eran claros. De igual manera, este organismo internacional ya había definido su imagen sobre el FPR.

CAPÍTULO 3: ¿Y DESPUÉS QUÉ?: LAS IDEAS POSTGENOCIDIO

*Nunca negaremos que, en el momento en el que más lo necesitaba, el mundo le falló a Ruanda – **Bill Clinton** durante una visita al país en 1997*

Así como el genocidio definiría la imagen que tenía Ruanda de la ONU y viceversa, las otras ideas –la identidad y el interés– terminarían por configurarse a partir del fin del mismo y en relación a dichas imágenes. En este sentido, este capítulo pretender recordar el trayecto seguido por las imágenes que cada actor tiene sobre el otro y explicitar cada una ellas al final del genocidio. Luego, se apunta a definir la identidad y el interés de la ONU y Ruanda con respecto al postconflicto.

En la primera fase de conocimiento intersubjetivo, Ruanda había mantenido relaciones cooperativas con la ONU. De 1990 a abril de 1994, estos actores mantuvieron sus primeras interacciones a propósito del conflicto entre el FPR y el Poder Hutu. Ambos actores empezaron a conocerse y, así, de un ámbito neutral, las imágenes de uno y otro fueron avanzando positivamente.

Pero de abril y julio de 1994 sería un momento decisivo para las relaciones de los actores. Si bien las imágenes del otro iban de la mano, en estos meses, cada una de ellas terminaría por definirse, mientras el abandono de la ONU se hacía patente. En las siguientes líneas, se hará un recuento de este trayecto de las imágenes para definir en qué consistían al final del genocidio.

3.1 Tanto daño nos hemos hecho: las imágenes al final del genocidio

Como se ha descrito, las imágenes de uno y otro no siempre fueron así. En la medida que se desarrollaron los sucesos del proceso de conocimiento intersubjetivo, las imágenes se irían transformando. Haciendo una breve recapitulación es preciso recordar que ya en junio de 1993 había comenzado la participación de la ONU en Ruanda, cuando este país y Uganda solicitaron el despliegue de observadores militares a lo largo de la frontera común.

El Consejo de Seguridad estableció la Misión de Observadores de Uganda y Ruanda de las Naciones Unidas (UNOMUR) en el lado ugandés de la frontera para verificar que ninguna asistencia militar llegó a Ruanda. Se tenía confianza en su participación como un tercero mediador en el conflicto y así se confirmaría con los acuerdos en Arusha.

Luego de las negociaciones, el gobierno ruandés y el FPR coincidieron en pedir asistencia a la ONU en la aplicación de los futuros acuerdos. Las partes habían llegado a un consenso y se veía a la ONU como la mejor opción. De este

modo, en octubre de 1993, se estableció otra intervención internacional, UNAMIR que estaba destinada a ayudar a las partes en la aplicación de los acuerdos. Había muchas expectativas para que se establezca un gobierno de transición, se implementen los acuerdos y el conflicto llegue a su fin. Hasta este punto, las relaciones eran cooperativas entre ambos actores.

3.1.1 Los malos están entre nosotros

El genocidio en abril de 1994 impediría esto y terminaría por socavar la imagen de confianza que se tenía de la ONU. No había duda de que todo el mundo había fallado a Ruanda, pero a sabiendas que la ONU tenía presencia objetiva en el suelo ruandés, los dedos acusadores se dirigieron hacia este organismo. Los sentimientos de Kagame respecto a la UNAMIR tenían más matices: apreciaba al General Dallaire como persona, pero no “el casco que llevaba”. Gourevitch, en adición, recuerda una conversación que Kagame mantuvo condicho general,

La UNAMIR estaba aquí, armada; tenían tanques, carros blindados, todo tipo de armas, y la gente era asesinada, mientras ellos observaban. Le dije [Kagame a Dallaire] que yo nunca permitiría una cosa así. Le dije “En una situación así, yo tomaría partido. Aunque estuviera al servicio de la ONU, optaría por proteger a la gente (2009: 168).

Pero Kagame no apuntaba a Dallaire, sino a la ONU por no detener las matanzas. La ONU fracasó, le falló a Ruanda antes y durante el genocidio. A

Kagame la experiencia con la ONU le bastaba para tener una mala imagen de la misma. El abandono fue total y sólo el FPR logró detener las matanzas.

3.1.2 Llegaron los héroes

La ONU, por su parte, se había formado una imagen positiva de Ruanda al fin del genocidio gracias a la imagen que proyectaba el FPR, cuyos miembros formarían el nuevo gobierno del país y, específicamente, su líder. En aquel tiempo convulsivo, Kagame fue percibido por la comunidad internacional como un liberador. Fue él quien liderando al FPR bajó de Uganda y del norte de Ruanda para poner fin al genocidio de su pueblo (Lobo 2010: 1). El FPR era sinónimo de liberación, y Kagame era el cerebro y héroe de toda la operación; y, así, era visto no sólo dentro del país, sino ante los ojos del mundo entero.

Armada escribe por esa época que a Paul Kagame no le gustaban los focos. Prefiere pasar inadvertido y pocos le han visto desde que las tropas del FPR se hicieron con el control de Kigali. Pero Kagame es un estratega militar y quien controla todos los hilos del país. Él es el inspirador del nuevo gobierno ruandés, el verdadero hombre fuerte del régimen y quien ejerce con disciplina de hierro (1994:1) Así era visto Kagame, un hombre calculador pero confiable.

El 18 de julio de 1994 con el fin del genocidio, el FPR declaraba que formaría un nuevo gobierno nacional, inspirado por la separación de poderes, los Acuerdos de Arusha y sin tener en cuenta diferencias étnicas. De este modo, un

día después, el Gobierno de Unidad Nacional, una coalición entre el FPR y miembros sobrevivientes de la oposición al antiguo régimen subió al poder y, así, se animó a todos los refugiados a regresar al país y participar en la reconstrucción del país.

En este sentido, la presentación del nuevo Ejecutivo de Kigali, con dos hutus moderados a la cabeza –Pasteur Bizimungu, como presidente, y Faustin Twagiramungu, como primer ministro– puede considerarse como todo un éxito ante la opinión pública internacional (Armada 1994: 1). Para la ONU, al final del genocidio, Ruanda estaba en buenas manos.

Con esto, en el siguiente apartado es turno de esbozar cómo se configuran las otras ideas -la identidad y el interés- en relación a la imagen ya establecida que cada actor tenía del otro luego del genocidio.

3.2 Las ideas de Ruanda: definiendo la identidad e interés

Kagame sabía que Ruanda estaba destruida. Durante el genocidio, nadie en su país se salvó de sufrir daños directos físicos o psicológicos. El nivel de destrucción en todas las dimensiones posibles de la vida humana era increíble. ¿Algún otro país u organismo internacional lo dudaba? O, mejor aún, ¿algún ruandés lo dudaría?

El fin del genocidio ni la conformación de un nuevo gobierno en el país fue celebrado como un triunfo. No había muchas razones, ya que el país estaba

devastado y la sociedad, destrozada. Las condiciones del país eran desastrosas. Si el enfrentamiento entre el FPR y el gobierno hutu ya había tenido graves efectos para la economía ruandesa, el genocidio le dejaría un legado económico devastador. Estos cuatro (4) años de enfrentamiento habían repercutido en cuatro (4) aspectos que con el genocidio se amplificaron.

En primer lugar, desplazando a cientos de miles de campesinos al norte de Ruanda, lo cual tuvo un impacto dramático en la ganadería y la producción de café y alimentos. En segundo lugar, lo más perjudicial para la economía en el largo plazo no fue la destrucción física de los recursos, cuando sí lo fue el hecho de que la mayoría de la población fue asesinada, encarcelada u obligados a huir del país en 1994. Esto tuvo un efecto catastrófico en la productividad e incluso en el básico funcionamiento de los sectores público y privado ya limitados. En tercer lugar, destruyendo la incipiente industria turística que se había convertido en el tercer mayor fuente de ingresos de divisas. Por último, haciendo que el gobierno hutu destine mayoritariamente los fondos públicos a reforzar sus fuerzas armadas y, por lo tanto, reduciendo los montos disponibles para otros fines (Vassall-Adams 1994: 13; Rugumamu y Gbla 2003: 53).

Si antes y durante el desarrollo del genocidio, Ruanda estaba siendo destruida, con el fin de las matanzas, la sociedad ruandesa se derrumbó por completo. Como ya se mencionó, las actividades comerciales y agrícolas cesaron; las personas cualificadas y los intelectuales fueron asesinados o huyeron, la

infraestructura fue destruida a propósito; y las operaciones del gobierno, incluyendo las actividades legales, educativas y de salud, se disolvieron por completo (Rugumamu y Gbla 2003: 39).

Ruanda vio caer su Producto Bruto Interno (PBI) en un 50% en 1994, y la tasa de inflación se elevó en un 64%. El nuevo gobierno no tenía literalmente nada. No había ni un solo céntimo en el erario público. No había oficinas ni despachos que estuvieran intactos, no había sillas, ni mesas, ni papel, ni teléfonos: nada en absoluto (Rugumamu y Gbla 2003: 39; Melvern 2001: 285). Durante la huida del régimen hutu, se “llevaron” con ellos cuanto encontraron: infraestructura pública, instalaciones, vehículos, material administrativo, depósitos de divisas, comercios, entre otros (Ruiz-Giménez 2003: 134).

Así como se llevaban lo que podían, también destruían lo que estaba a su paso. Gran parte de las escuelas, los centros de salud y hospitales habían sido destruidos como todos los otros establecimientos públicos. No había ganado y las cosechas se habían perdido. Las canalizaciones de suministros de agua no estaban operativas y, en consecuencia, carecían de alimentos y también agua potable. Muchas de las casas habían sido saqueadas y destrozadas (Cantwell 1997: 30).

Si el país estaba en esas condiciones, la sociedad ruandesa no se encontraba mucho mejor. Las calles de Kigali estaban casi vacías. No hay certeza sobre cuántas personas fueron asesinadas. ¿500,000 ó 1,000,000 de asesinados?

Resulta imposible saberlo, pero la cifra aceptada mayoritariamente es de 800,000 personas muertas. Vecinos, amigos, colegas, todos asesinados. Familias y comunidades enteras habían sido aniquiladas.

Por todas partes había cunetas llenas de cuerpos en descomposición. El personal cualificado había sido asesinado o había abandonado el país, a la vez que los sobrevivientes estaban aterrorizados y traumatizados (Melvern 2001: 286). Dentro de estos, al menos 100,000 niños habían sido separados de sus familias, eran huérfanos, estaban perdidos o abandonados. El 95% de los niños ruandeses habían presenciado violencia extrema y el 90% había pensado en algún momento que iba a morir. El número de víctimas infantiles se sitúa en torno a los 300 mil (Cantwell 1997: 46).

Con tamaños efectos del genocidio, todo estaba por hacer, y tenía que hacerse inmediatamente. ¿Quién podía imaginarse cómo Ruanda podría recuperar un mínimo nivel de funcionamiento normal? Desde Somalia, nunca se había visto a un país tan devastado. No eran pocos los que creían que Ruanda era un país sin remedio, un país imposible. La pregunta es, entonces, si Kagame pensaba lo mismo. A parecer de Gourevitch, que lo ha entrevistado en distintas ocasiones, Kagame nunca se dio el lujo de tener una idea tan inútil. Al ser el líder

del país, tras los sucesos del genocidio, Kagame pretendía configurar en su país un identidad a la que se llamará “no hay mal que por bien no venga”³.

Al respecto, este reportero describe a Kagame así:

“Siempre parecía tan tranquilizadamente cuerdo, incluso cuando describía con su contundencia característica las interminables decepciones y la angustia permanente que seguramente le quedaba por delante. Hablaba de todas las miserias de su diminuto y apaleado país como un conjunto de problemas por resolver, y parecía que el reto le entusiasmaba” (2009: 235).

Para Kagame, el genocidio tenía que representar una oportunidad para su país. En una entrevista, él señalaba:

“Nunca me hice ilusiones de que estas tareas políticas iban a ser fáciles. [...] Las personas no son intrínsecas malas. Pero se les puede hacer malos. Y se les puede hacer buenos” (Gourevitch 2009: 232-234).

Después del genocidio, hablar de la banalidad del mal, de culpables o de problemas era muy común. Sin embargo, donde otros veían derrota, Kagame veía oportunidades. Él estaba dispuesto a luchar contra aquellos que preferían la violencia a la razón y, a diferencia de otros políticos, cuando hablaba, pretendía que lo entendiesen, no que lo amasen. Estaba convencido de que con la razón podía enderezar todo lo que estaba torcido en Ruanda, que el país y su gente podían cambiar y estaba decidido a demostrarlo (Gourevitch 2009: 235).

³ Las categorías utilizadas para describir las identidades y algunos intereses son de mi propia autoría.

Kagame creía, por tanto, que no había mal que por bien no venga y esta idea la transmitiría a todo su país, definiendo así parte de su propia identidad: Ruanda era un país destruido pero dispuesto a mejorar. Con esto, el interés frente a un escenario devastador era *reconstruir a la ruandesa*. Este líder era un revolucionario, y así durante más de quince (15) años, su vida había consistido en derrocar dictadores y establecer Estados nuevos en las circunstancias más duras (Gourevitch 2009: 235). En Uganda ya lo había hecho y esto era lo que quería para su país. Si Ruanda deseaba un Estado que funcione, el cómo lograrlo sería lo complicado.

Al respecto, Kagame precisaba:

He querido ser original en mis pensamientos, especialmente en relación a mi situación aquí [...] Aunque una cosa haya funcionado, creo que hay muchas otras cosas que podrían funcionar. Si otra cosa funciona, desde luego yo me aprovecharé. Pero si puede haber una forma otra forma de que las cosas funcionen, a mí me gusta descubrirla. Y si pudiera tener una forma de pensamiento original, eso es lo que me va (Gourevitch 2009: 222).

Gourevitch, interpretando los deseos de Kagame, señala que este líder deseaba una forma original de ser ruandés, y Ruanda claramente necesitaba serlo. No sólo se trataba de reconstruir, sino de lograr una reconstrucción exitosa y original. Para este reportero, Kagame se había mostrado a sí mismo con bastante efectividad que podía conseguir lo que quería, y si él deseaba verdaderamente hallar una respuesta original a sus originales circunstancias, la única vía abierta

era la liberación (2009: 222-236) ¿Qué era liberarse? Liberación era reconstrucción *al estilo ruandés*.

Sin embargo, lo cierto es que no todo dependía de su buena predisposición ya que, dadas las condiciones de su país, era imperativo contar con el apoyo de la comunidad internacional –aquella que la había abandonado– para salir adelante. Más allá de todo resentimiento contra los que le habían fallado durante el genocidio, el nuevo gobierno se veía obligado a conseguir la cooperación de los otros. Sabía que necesitaba a los otros, a la vez que sabía que toda relación que establezca con otro actor estaría marcada por la desigualdad en la negociación. De este modo, el nuevo gobierno debía mostrarse cooperativo con aquellos que estén dispuestos a ayudarlos en el camino a la reconstrucción del país.

Sin embargo, como las afrentas no se olvidan y sólo se disimulan, el nuevo gobierno se guardaría un as bajo la manga cuando la relación con otro actor se volviera más tensa. De esta manera, comprendió que recordar el fracaso durante el genocidio y apelar a la culpabilidad del otro era el único mecanismo para nivelar las relaciones tan desiguales con las grandes potencias u otros actores internacionales.

En su interacción con la ONU en los años posteriores al genocidio, esto quedaría patente. A pesar de la mala imagen que tenía de este organismo internacional, Ruanda dejaría que la ONU mantenga a UNAMIR en el país y buscaría que este organismo internacional lleve a cabo iniciativas que ayuden en

la reconstrucción. Con los efectos materiales del genocidio sumados a la necesidad imperativa de reconstruirse, que UNAMIR se retire del país no estaba entre las opciones, cuando sí que apoye en la reconstrucción de Ruanda.

De este modo, este actor se veía obligado a darle una nueva oportunidad a la ONU para hacer las cosas bien. Pero también, se guardaba la carta oculta de que cuando la ONU ya no cumpliera con estas expectativas, ya no habría razón para mostrarse cooperativo.

3.3 Las ideas de la ONU: definiendo la identidad y el interés

Con el fin del genocidio, ¿cuáles pueden ser los sentimientos de la ONU sobre su papel en Ruanda?, ¿cómo se vería a sí mismo luego de que mueran cerca de 1,000,000 de personas ante sus propios ojos? Ya se ha descrito la mala imagen que este organismo internacional se había formado en toda Ruanda. UNAMIR, la fuerza internacional de la ONU, estaba en el país y no había hecho nada. Con esta carga, ¿cómo definir su identidad cuando interactúe con Ruanda luego del genocidio?

Los sentimientos al respecto pueden ser muchos. La ONU sabía que le falló a Ruanda, sabía que pudo hacer más para detener las matanzas; a la vez que también era consciente que su inacción mucho tuvo que ver con la indiferencia de las grandes potencias en el Consejo de Seguridad. Así, reforzará una identidad a la que se llamará “*también tengo límites*”.

Estaba limitado para intervenir y ponerle freno a las violaciones de derechos humanos: y, de igual manera, limitado en recursos y tropas propios. Limitado al vaivén de las potencias en el Consejo de Seguridad, cuestión que se ya venía configurando desde Somalia. La intervención en este país ya le había dejado una gran lección a la ONU. En Somalia este organismo internacional inició una misión de reconstrucción que terminó siendo un total fracaso.

Tal momento demostró que la ONU estaba supeditada al interés de las grandes potencias. Una misión de reconstrucción es una empresa de largo aliento, tan largo que requiere el compromiso político de los principales Estados miembros para el aporte continuo de recursos, tropas, etc. Un compromiso que se sustenta en el interés que se tiene en el país a intervenir. Pero esto no es todo, Somalia también le demostró que era importante contar con el consenso de los actores locales y su apoyo para que las operaciones de paz lleguen a buen puerto.

Así, al hablar de Ruanda y de las operaciones de paz, el otrora Secretario General de la ONU Boutros-Ghali afirmaba: “Su rápido incremento desde finales de los ochenta, y las dificultades que aparecieron en algunas como en Somalia, habían afectado a la voluntad de los estados de contribuir con tropas y fondos” (Ruiz-Giménez 2003: 130). Si con Somalia se empezaba a dudar de las intervenciones de la ONU, con Ruanda, como señala Ruiz-Giménez, en 1994, la moda del intervencionismo humanitario había llegado a su fin al menos por unos años (2003: 146).

Al respecto, esta autora agrega:

Los casos estudiados [Somalia y Ruanda, entre otros] no contribuyeron al afianzamiento del nuevo régimen intervencionista sino más bien a su enfriamiento. Las intervenciones occidentales iban a desaparecer durante el resto de la década de los noventa. Igualmente se enfriaba el entusiasmo por el papel de las Naciones Unidas en la resolución de conflictos africanos que tenían que tener “soluciones africanas” (2003: 182).

Con el caso de Somalia en mente, la inacción de UNAMIR para detener las matanzas se debió en gran medida por el poco interés de las grandes potencias del Consejo de Seguridad de la ONU para intervenir en Ruanda. Si no había interés en el país durante el genocidio, ¿lo habría en el postconflicto? La respuesta parece ser un rotundo no. Las misiones de reconstrucción requieren mucho más compromiso de las grandes potencias que una misión de mantenimiento de paz. En Ruanda, si no hubo interés para esta última, menos habría para llevar a cabo una de reconstrucción.

Con esto, la ONU había confirmado por fin sus limitaciones. ¿Qué habría que hacer en el postconflicto ruandés? y ¿cómo relacionarse ahora con el nuevo gobierno en Ruanda? Bajo este escenario, si el apoyo en la reconstrucción estaba descontado, este organismo tenía que encontrar otras alternativas para *limpiar su imagen a toda costa*. Este sería su interés en el postconflicto. De este modo, buscando limpiar su imagen, la ONU pretendía mantener su presencia en el país. Para esto, siendo poco probable el apoyo de las grandes potencias, necesitaría el

consenso del nuevo gobierno. La ONU tenía una imagen positiva del gobierno y, por tanto, no esperaba encontrar inconvenientes para establecer relaciones cooperativas. Con UNAMIR y el establecimiento del TPIR, se demostraría que esto no sería tan sencillo.



CAPÍTULO 4: ¿Y DESPUÉS QUÉ?: LAS RELACIONES POSTGENOCIDIO

*Muchos me preguntaron al regresar de Ruanda si aún creía en Dios. Yo sé que hay un Dios porque en Ruanda le di la mano al diablo. Lo he visto, lo he olido y lo he tocado. Sé que el diablo existe y, por lo tanto, sé que hay un Dios – **Romeo Dallaire***

Como se ha mencionado, para julio de 1994, las ideas de la ONU y Ruanda ya estaban definidas. Si ambos actores ya se habían conocido, ¿cómo se relacionarían en el postconflicto? En el capítulo anterior, se describió cómo se transformó la imagen de uno y otro actor en la primera fase de conocimiento intersubjetivo de 1990 hasta el fin del genocidio. Del mismo modo, se hizo referencia a la identidad y el interés de los actores en relación a dichas imágenes para entender la forma en la que los actores irían a relacionarse. Ahora, es turno de esbozar cómo se dieron tales interacciones en esta segunda fase del proceso de conocimiento intersubjetivo que va de julio de 1994 hasta marzo de 1996.

La mala imagen que se tenía de la ONU no ocasionó que las relaciones se empiecen a resquebrajar entre este organismo internacional y Ruanda. Tampoco el abandono de la ONU ni los efectos materiales del genocidio lograron que ambos actores rompan lazos a nivel de la presencia en el país. Luego del genocidio, las relaciones entre ambos volvieron a ser cooperativas porque la identidad y el interés de los actores así lo mandaban.

4.1 Otra oportunidad para ser amigos

En julio, el FPR ya había puesto fin al genocidio. El genocidio había tenido efectos materiales e ideacionales. La suma de ambos obligaría a la ONU y Ruanda a mantener relaciones cooperativas en la medida que cada cual cumpla con las expectativas de comportamiento que las ideas habían definido. Para Ruanda, era vital que la ONU esté dispuesto a ayudar activamente en la reconstrucción del país. Sólo así tenía sentido, por ejemplo, que UNAMIR esté en el país. Mientras que para la ONU, era importante que el gobierno demuestre su consenso para permitir su presencia en tierra e intentar ocuparse de las tareas que pueda, no necesariamente de la reconstrucción de Ruanda. Así lo fue, al menos hasta fines de 1994.

En julio de dicho año, mientras las tensiones se mantenían con las tropas francesas que se encontraban en el país, UNAMIR tenía que afrontar nuevos retos. Ante el cambio de escenario, las principales tareas serían:

- Asegurar la estabilidad y la seguridad en las regiones del noroeste y el suroeste de Ruanda
- Estabilizar y monitorear la situación de todas las regiones del país para propiciar el retorno de las personas desplazadas
- Proveer seguridad y apoyo a las operaciones de asistencia humanitaria dentro de Ruanda
- Promover, a través de la mediación y los buenos oficios, la reconciliación nacional en Ruanda (ONU: 3)

Las tareas eran muchas, los recursos pocos. Los 5,500 soldados aún no llegaban al país. A la par que el FPR establecía el nuevo gobierno, las tropas de UNAMIR en el campo no pasaban de los 500 soldados. Con esto, uno de los principales problemas para el nuevo gobierno era el tema de los refugiados y es que paralelo al fin del genocidio en julio de 1994, más de 1,000,000 de personas de origen hutu huían por medio a represalias en menos de tres días a Tanzania o el este del Zaire –hoy República Democrática del Congo–. Así, a finales de julio, el 30% de la población ruandesa (2,250,000 personas) se encontraba refugiada en los países vecinos (Ruiz-Giménez 2003: 136).

Goma, en el Congo, fue el lugar escogido por la mayoría de ruandeses y aquí sería donde las hordas ruandesas se instalaron en seis (6) campos más poblados que cualquier otra ciudad de la región –120,000 aquí, 150,000 allá, otros 200,000 un trecho más allá de la carretera- y al instante empezaron a morir como moscas” (Gourevitch 2009: 172). El desplazamiento masivo de la población

y las condiciones en las que se encontraban generó, en consecuencia, una crisis humanitaria de grandes proporciones en los alrededores de Ruanda.

Una crisis en la que la ONU y la comunidad internacional entera harían, por fin, su gran aparición. Citando a Gourevitch, “el mundo que había ´mirado con las manos en los bolsillos´, como había dicho el general Kagame, la exterminación de tutsis, reaccionó con apasionada intensidad a la huida en masa de hutus a Zaire” (2009: 172) La celeridad con la que se intervino en los campos de refugiados resultaba contradictoria y dejaba perplejos a los ruandeses sobrevivientes del genocidio que habían sido ignorados por esta misma comunidad internacional.

Así, la intervención internacional fue espectacular. Los aviones aterrizaban y despegaban sin descanso en el aeródromo de Goma las veinticuatro (24) horas del día, traían cubiertas de plástico para construir tiendas a los refugiados, traían toneladas de alimentos, traían equipos para la construcción de viviendas, de pozos, suministros médicos [...] y enfermeras, médicos, expertos en logística, trabajadores sociales, expertos en seguridad y personal de prensa en el despliegue más grande, más rápido y más caro de ayuda humanitaria internacional del siglo XX (Gourevitch 2009: 174; Kumar et al 1996: 21). Con esto, no es difícil imaginar la estupefacción con la que los miembros del nuevo gobierno y los sobrevivientes del genocidio tomaban este comportamiento.

Para el nuevo gobierno, el tema de los refugiados, era complejo porque, como ya se mencionó, entre los más de 2,000,000 de desplazados al Zaire se encontraban los responsables del genocidio. Los campos de refugiados patrocinados por la ONU, por tanto, se convirtieron en réplicas perfectas del Estado Hutu con los mismos líderes, la misma jerarquía rígida, la misma propaganda y la misma violencia para perpetrar nuevos ataques contra Ruanda. Habían refugiados hutu inocentes, pero también estaban los responsables del genocidio, quienes pasaron a controlar, ante los ojos del ACNUR –la agencia de la ONU para los refugiados– la distribución de la ayuda que era desviada para comprar armas, retener a los refugiados y, sobre todo, continuar su lucha contra el nuevo gobierno ruandés (Ruiz-Giménez 2003: 138; Gourevitch 2009: 175; Caramés 2009: 1).

Que el Poder Hutu mandaba en los campos de refugiados no era un secreto. En los primeros meses inmediatamente posteriores al genocidio, se discutió mucho en la ONU la propuesta de organizar una fuerza internacional para desarmar las milicias de los campos y separar a los responsables del genocidio de la masa de civiles. Pero aunque las principales potencias estaban pagando grandes cantidades para el funcionamiento de los campos, cuando el Secretario General solicitó voluntarios para una fuerza de este tipo, ni un solo país se mostró dispuesto a facilitar tropas. Los costes eran muy altos, mientras los intereses, escasos (Gourevitch 2009: 176; Ruiz-Giménez 2003: 139).

Bajo este escenario, el nuevo gobierno tenía que ser muy estratégico para resolver el problema. Así, se decidió que era necesario cerrar todos los campos de refugiados, hacer que regresen a Ruanda, separar a las responsables del genocidio de la masa hutu y, en consecuencia, acabar de una vez por todas con el Poder Hutu asentado y escondido en dichos espacios. La situación era tensa porque la victoria del FPR no era definitiva y no se podía iniciar la reconstrucción del país si aquellos que habían organizado su destrucción estaban libres y alistándose para reemprender los ataques. Los campos de refugiados eran en sí una amenaza a la seguridad del país y, por tanto, un nuevo conflicto se avecinaba.

Kagame, al respecto, empezó a decir que si la comunidad internacional no ayudaba a sacar a los responsables del genocidio separándolos de la población de los campos y enviaba a las masas a casa, se prepararía para hacerlo él personalmente. Es más, este líder añadía:

“Queríamos que volviese la gente porque estaban en su derecho, y era nuestra responsabilidad que regresaran a casa tanto si nos apoyaban o no” (Gourevitch 2009: 231).

Así, desde agosto de 1994, el nuevo gobierno ruandés fue cerrando los campos de refugiados gracias al despliegue de sus tropas, el Ejército Patriótico Ruandés (EPR). Por su parte, la ONU, al saberse nuevamente limitada en su accionar, siguió en lo suyo. Tratando de limpiar su imagen, se volvió un gestor del dinero de la cooperación internacional humanitaria. Las potencias no querían

enviar tropas, pero sí siguieron enviando muchísimo dinero a los campos de refugiados. Como apunta Ruiz-Giménez, “entre abril y diciembre de 1994, la asistencia costó 1.4 billones de dólares, el 85% de fondos gubernamentales y el otro 15% restante de fondos privados. De los primeros, el 50% era estadounidense y de la Unión Europea y el otro 50% era canalizado por Naciones Unidas” (2003: 139).

¿Y Ruanda? La cantidad de dinero, de millones y millones de dólares destinado a las necesidades de los refugiados contrastaba con lo que recibía el nuevo gobierno ruandés que, con menos de un tercio de esa ayuda, tenía que hacer frente a la reconstrucción de su economía, infraestructura y Estado (Ruiz-Giménez 2003: 139). Para la ONU estaba claro que un apoyo directo a la reconstrucción del país era casi imposible, mientras que para Ruanda se hacía más claro que este organismo internacional no los apoyaría en dicha tarea.

Mientras tal situación se desarrollaba en las fronteras ruandeses, dentro del país no era tan diferente. Recién el 10 de agosto de 1994 se empezaron a despegar algunos soldados para UNAMIR en la zona noroeste de Ruanda y, cerca de dos (2) semanas después, el 21 de agosto, asumiría el control de la zona ocupada por la “Operación Turquesa” ante el retiro de los franceses (Barnett 2002: 151; ONU: 3).

En octubre e inicios de noviembre de 1994, por fin, UNAMIR alcanzó plena capacidad, contando con los 5,500 soldados. Con el nuevo gobierno y el fin del

genocidio, Ruanda era un lugar seguro para las tropas. Si antes los Estados se habían negado a brindar soldados o habían retirado sus tropas mientras las matanzas se desarrollaban, ahora entendían que era factible enviar hombres sin riesgo alguno. En este sentido, las tropas fueron desplegadas en seis (6) sectores: noreste, sureste, sur, suroeste, noroeste y la ciudad de Kigali. Para el nuevo gobierno, esto causaba desconcierto. No entendían cuál era el propósito de esta expansión de UNAMIR. Las autoridades se habían resistido inicialmente a la idea del despliegue una fuerza de la ONU después del genocidio, pero cedieron pensando que tal fuerza traería los recursos para la reconstrucción del país (DPKO 1996: 17). Se equivocaron.

Con todo su potencial desplegado, la intervención de UNAMIR no tendría mayor sorpresa dada la orientación de la ONU y, así, se centraría en el transporte de los refugiados y los desplazados internos (ONU: 3). Con esto, el nuevo gobierno comprendió que la ONU no modificaría el mandato para un nuevo UNAMIR o establecería una misión orientada a la reconstrucción del país. Es más, mientras que UNAMIR trajo consigo una flota de vehículos y una variedad de equipos, estos estaban destinados a equipar a la misión y no a reconstruir el país. Esto hizo que el nuevo gobierno sienta que UNAMIR no respondía a sus necesidades (DPKO 1996: 17).

4.2 Vamos a darnos un tiempo: hasta nunca UNAMIR

A estas alturas, casi a fines de 1994, para Ruanda ya estaba claro que la ONU no estaba interesada en ayudarlos en la reconstrucción del país. Con esto, ya no había motivos para mostrarse cooperativo con la ONU. Si las ideas habían hecho que los actores cooperen, las acciones de la ONU al no cuadrar con las expectativas de comportamiento que estas ideas planteaban, hicieron que las relaciones se tornen tensas.

Con esto, por fin el resentimiento podía salir a flote contra este organismo internacional, pero sobre todo contra los de UNAMIR que se encontraban en el país. Si no estaban ahí para la reconstrucción, no tenían nada que hacer en Ruanda. Paralelo a esto, la ONU le daría a Ruanda un canal más por el que desfogar su resentimiento.

Casi inmediatamente después de subir al poder en 1994, el nuevo gobierno había solicitado la ayuda de la ONU para capturar a los líderes fugitivos del Poder Hutu de modo que pudieran ser juzgados en su país. Pero la lista de los más buscados de Ruanda era ya de por sí muy amplia. La tarea de buscarlos era demencial y el país no tenía las herramientas para hacerlo. No obstante, los investigadores ruandeses fueron capaces de elaborar una lista de unos cuatrocientos responsables del genocidio de los más importantes: los cerebros y los ejecutores principales. Todos ellos estaban exiliados, fuera del alcance de Ruanda (Gourevitch 2009: 263).

El país quería ayuda para encontrarlos. La ONU, por pedido expreso del gobierno, decidió establecer el TPIR en Tanzania el 8 de noviembre de 1994 con el mandato de enjuiciar a los responsables del genocidio y de otras graves violaciones del derecho internacional humanitario cometidas en Ruanda entre enero y diciembre de 1994. Sin embargo, desde su establecimiento, las relaciones con el gobierno serían tensas.

Como señala Gourevitch, el gobierno ruandés consideró un insulto la decisión de la ONU de no facilitarle recursos. La mera existencia del TPIR de la ONU y la forma en la que funcionaba implicaba que el sistema judicial ruandés era incapaz de emitir veredictos justos y parecía descartar por adelantado cualquier juicio que Ruanda pudiera celebrar como si no estuviera a la altura de las normas internacionales (2009: 263). El país estaba reconstruyendo su sistema judicial y se sentía capacitado para juzgar a los responsables del genocidio. Quería hacerlo de acorde a sus leyes y en su país.

Para Charles Murigande, la existencia del TPIR tenía otro propósito:

El tribunal se creó esencialmente para acallar la conciencia de la comunidad internacional que no había cumplido con las convenciones que había firmado sobre el genocidio. Quiere aparentar que hace algo, lo cual es peor que no hacer nada (Gourevitch 2009: 264).

Las críticas no eran infundadas. La puesta en marcha del TPIR fue caótica. Ruanda había deseado al menos que su sede esté en Kigali, por razones

pedagógicas evidentes en un país que debía reconstruir todo el aparato judicial y garantizar una mayor visibilidad de las actividades judiciales de la jurisdicción en Ruanda (Ntaganda 2008: 93).

Es más, pensar en el TPIR era pensar en lentitud y mala gestión. En los dos (2) primeros años de funcionamiento, no parecía hacer gran cosa. Rápidamente quedó claro que los fiscales no tenían intención de juzgar más de unas cuantas decenas de casos. Aquello sólo sirvió para agravar el sentimiento en Kigali de que el tribunal de la ONU no había sido pensado para favorecer los intereses nacionales de Ruanda; puesto que el mensaje a la gran mayoría de los responsables del genocidio fugitivos era que no tenían nada que temer: que la comunidad internacional no ayudaría a Ruanda a capturarlos, ni siquiera los perseguiría (Gourevitch 2009: 264).

Mientras tanto, el 30 de noviembre de 1994, mediante resolución 965, el Consejo de Seguridad prorrogó el mandato de la UNAMIR al 9 de junio de 1995 y amplió el mandato para contribuir a la seguridad del personal del Tribunal Internacional para Ruanda. Entre el 13 y 15 de diciembre, UNAMIR emprendió una operación en los campos de refugiados de Kibeho y Ndagó, logrando detener a cuarenta y cuatro (44) personas, e incautar machetes y granadas. Sin embargo, las relaciones entre UNAMIR y el gobierno se volvían a poner tensas entre febrero y mayo de 1995 justamente “gracias” a los campos de refugiados. Los informes de que las fuerzas armadas del anterior gobierno se estaban preparando para un

ataque generalizado hacia el país ante la pasividad de la ONU que “controlaba” los campos darían inicio a las rencillas entre ambos actores (ONU: 3).

Llegando a junio, el gobierno de Ruanda planteaba preguntas sobre el futuro de UNAMIR en el país: desde la ONU, se proponía cambiar el enfoque del mandato (de *peace-keeping* a *confidence-building*, que implicaba tener presencia en el país y ayudar al país a transmitir una imagen de estabilidad para el retorno de los refugiados), mientras que el gobierno proponía un papel más limitado ya que consideraba que estaba en la capacidad de realizar las tareas que proponían. La ONU optó por lo segundo porque a estas alturas le importaba el consentimiento y la cooperación del gobierno para mantener UNAMIR en el país por un tiempo más (ONU: 3).

Así, en su resolución 997 del 9 de junio de 1995, el Consejo de Seguridad prorrogó el mandato de la UNAMIR hasta el 8 de diciembre de 1995. Con un mandato ajustado, UNAMIR ayudaría al gobierno a facilitar el regreso voluntario y seguro de los refugiados, el apoyo a la prestación de la ayuda humanitaria, colaborar en la formación de una fuerza de policía nacional, y contribuir a la seguridad del personal de la ONU y, en caso de necesidad, a la seguridad de las agencias humanitarias. Dicho esto, para inicios de diciembre, se empezó a discutir en la ONU la prórroga de UNAMIR de tres a seis meses (ONU: 3).

UNAMIR ya no era necesaria en el país dado que el nuevo gobierno ya se sentía en plena capacidad de cumplir con las tareas establecidas en su mandato.

Así, se comunicó oficialmente que no estaba de acuerdo con dicha prórroga más allá del vencimiento el 8 de diciembre dado que como misión de mantenimiento de paz ya no respondía a lo que necesitaba el país. Sin embargo, indicó que sería receptivo a la presencia de la ONU siempre que esta se destine a ayudar Ruanda en sus tareas urgentes de rehabilitación y reconstrucción, incluyendo la provisión de experiencia técnica, asistencia financiera y equipo. Por su parte, desde la ONU, se manifestó la intención de retirar UNAMIR a partir del 8 de dicho mes (ONU: 3).

En marzo de 1996, después de un progresivo retiro de tropas, UNAMIR dejaría totalmente el país, poniendo fin a la presencia de este organismo internacional en suelo ruandés. Así, el nuevo gobierno se anotaría una pequeña victoria "echando" del país a aquellos que no habían hecho nada que se ajuste a sus necesidades ni antes, durante ni después del genocidio. Para la ONU, al perder el consentimiento de Ruanda, no había otra opción más que retirar su misión. Con esto, el proceso de conocimiento intersubjetivo, al menos tal como se planteó en esta investigación, había llegado a su fin.

CONCLUSIONES

De la investigación sobre las relaciones entre Ruanda y la ONU en el período que va 1990 a 1996, y la explicación propuesta a la involución de las mismas durante este espacio temporal, es posible extraer las siguientes conclusiones:

1. Los actores comienzan a interactuar en lo que se ha venido a llamar el proceso de conocimiento intersubjetivo. Es en este proceso en el que se conforman las ideas de los actores. Las ideas pueden ser tres (3): imagen del otro, identidad e interés. Todas estas permiten entender las relaciones de los actores en el sentido que generan ciertas expectativas de comportamiento durante la futura interacción.
2. La imagen del otro juega un papel importante para la definición de la identidad y el interés de cada actor. Esto significa en el fondo que para los actores es más fácil desarrollar ideas sobre el otro antes de pensar en unos mismos y, por tanto, una vez definida la imagen del otro se procede a

configurar la identidad y el interés de cada actor. Cuando no hay experiencias previas de interacción, los actores comienzan por definir al otro. Mientras que cuando los actores ya se conocen, las ideas sobre uno mismo juegan un rol fundamental en las relaciones que se establecerán en el futuro.

3. El proceso de conocimiento intersubjetivo entre Ruanda y la ONU se desarrolla desde 1990 hasta 1996. Puede ser dividida en dos (2) fases: la primera que va de 1990 con el inicio del conflicto en Ruanda hasta julio de 1994 con el fin del genocidio; y la segunda que comienza en esta última fecha y va hasta marzo de 1996.
4. Esta primera fase, a su vez, tiene dos (2) momentos: la primera de 1990 a abril de 1994 en el que las imágenes que la ONU y Ruanda tenían cada uno del otro van transitando del ámbito de lo neutral a uno más positivo y, en consecuencia, las relaciones eran cooperativas; y la segunda de abril a julio de dicho año en el que las imágenes terminaron por definirse.
5. Durante el genocidio, desde la ONU no se hizo nada para detener las matanzas y, así, UNAMIR, la misión de paz que se encontraba en Ruanda, fracasó. Sólo el FPR, el movimiento guerrillero opositor al régimen le puso fin al genocidio. Con esto, la imagen de la ONU se vino en picada, mientras que la del FPR ascendía. Al final de este primero momento, los primeros eran “los malos” mientras los segundos, “los héroes”.

6. Con la imagen del otro en mente, los actores irían definiendo su propia identidad e interés. Ruanda configuró una identidad llamada “no hay mal que por bien no venga” en el que se reconocía los efectos devastadores del genocidio pero también se veía tal suceso como una oportunidad para empezar de cero y, por tanto, su interés principal sería el de reconstruir el país, lo cual implicaba la cooperación con aquellos que lo habían abandonado durante el genocidio. Así, en el postconflicto, a pesar de la mala imagen de la ONU, no había espacio para mostrarse reticente con dicho organismo internacional cuando en realidad se necesitaba que ayude al país en su reconstrucción.
7. Por su parte, la ONU configuró una identidad llamada “también tengo límites” en el que confirmaba que sus acciones estaban supeditadas al interés de los miembros del Consejo de Seguridad y reconocía su abandono, dado que nunca hubo interés para intervenir en Ruanda. Con esto, el interés de este organismo internacional sería el de tener otra oportunidad de hacer algo por Ruanda para limpiar su imagen. Ayudar en la reconstrucción de Ruanda tendría un efecto importante pero ya estaba claro que no había interés de las potencias para tal tarea, así que sin este apoyo se hacía necesario el consenso de Ruanda para mantener su presencia en el país y buscar alternativas a su alcance para cambiar su imagen negativa. Al respecto, con una imagen positiva del gobierno, este organismo

internacional no esperaba encontrar inconvenientes para establecer relaciones cooperativas.

8. Con estas ideas en mente, se da inicio a la segunda fase del proceso de conocimiento intersubjetivo, aquella que aborda los dos siguientes años del postconflicto, de julio de 1994 hasta marzo de 1996. Esta, a su vez tiene dos (2) momentos: el primero dura hasta fines de 1994 en el que las relaciones se mantienen cooperativas entre ambos actores, mientras que la segunda comienza desde dicho tiempo hasta 1996 en el que las relaciones se ponen tensas y termina con la salida definitiva de UNAMIR del país.
9. Ni el genocidio ni el abandono de la ONU habían logrado que las relaciones entre Ruanda y este organismo internacional se resquebrajen totalmente. De julio a hasta fines de año, ambos actores siguieron cooperaron porque así lo mandaban sus ideas en el postconflicto. Luego del genocidio, se habían generado ciertas expectativas de comportamiento y, así, los actores tenían una nueva oportunidad para cooperar o, al menos, para brindarse el beneficio de la duda con respecto a las futuras interacciones.
10. Desde las primeras interacciones con la ONU, Ruanda se mostró cooperativo. Primero, bajo la figura del FPR para solucionar el conflicto y, segundo, ya con el nuevo gobierno para buscar el apoyo a la reconstrucción del país. Del mismo modo, en las relaciones con Ruanda, la ONU se mostró cooperativo. Primero, para encontrar una solución al conflicto. Su intervención en este punto resultaría un fracaso. Segundo, ya

luego del genocidio, para poder tener la oportunidad de hacer algo en Ruanda.

11. A fines de 1994, las expectativas se rompieron y las relaciones se tornaron tensas. Ruanda se dio cuenta que la ONU no tenía la intención de ayudar al país en su proceso de reconstrucción ya que tenía otras prioridades. UNAMIR, en este sentido, se centró en los refugiados y desplazados, dejando de lado las tareas de reconstrucción del Ruanda. Al mismo tiempo, con el TPIR que no funcionaba correctamente, Ruanda empezó también a mostrarse crítico con esta iniciativa del organismo internacional.
12. El resentimiento contra la ONU recién encontraría espacio en este momento, saliendo a flote contra los de UNAMIR. Si no estaban para ayudarlos en su reconstrucción, no tenían nada que hacer en el país. Así, se hizo saber a la ONU que tenían que retirar dicha misión o cambiar su mandato para que se dediquen exclusivamente a la reconstrucción de Ruanda. Al darse cuenta que el gobierno ya no quería su presencia en el país y a sabiendas que la reconstrucción era una tarea demasiado compleja, la ONU supo que era momento de retirarse.

BIBLIOGRAFÍA

- ARMADA, Alfonso
1994 *Kagame, el cerebro entre las sombras*. El País. Madrid, 1 de agosto de 1994. Consulta: 23 de mayo de 1994.
<http://elpais.com/diario/1994/08/01/internacional/775692006_850215.html>
- BARNETT, Michael
2002 *Eyewitness to a genocide: the United Nations and Rwanda*. New York: Cornell University Press.
- CANTWELL, Nigel
1997 *Starting from Zero*. Florencia: UNICEF International Child Development Centre.
- CARAMÉS, Albert
2009 Rwanda (RDRC, 2001–2008). En CARAMÉS, A. y E. SANZ: *DDR 2009. Análisis de los programas de DDR existentes en el mundo durante 2008*. Bellaterra: Escola de Cultura de Pau, 2009, pp. 101-107.

- CARVAJAL, Leonardo
 - 2009 Posmodernismo y constructivismo: su utilidad para analizar la política exterior colombiana. *Oasis*. Medellín, 2009, núm. 14, pp.201-218.
- COTTAM, Martha y otros
 - 2002 *Introduction to political psychology*. New Jersey: Lawrence Erlbaum Associates
- DEPARTMENT OF PEACEKEEPING OPERATIONS
 - 1996 *Comprehensive Report on Lessons Learned from United Nations Assistance Mission for Rwanda (UNAMIR)*. DPKO.
- GOUREVITCH, Philip
 - 2009 *Queremos informarles de que mañana seremos asesinados con nuestras familias*. Barcelona: Debate.
- HERMANN, Richard K.
 - 2003 *Perceptions and Image Theory in International Relations*. En HUDDY, Leonie; David O. SEARS, and Jack S. LEVY (ed.). *The Oxford Handbook of Political Psychology*. Oxford University Press.
- HERRERO, Rubén
 - 2012 Percepciones, decisiones y relaciones internacionales: los márgenes operativos perceptivos aceptables. *UNISCI Discussion Papers*, Madrid, 2012, núm. 29.
 - 2006 *La realidad inventada: percepciones y proceso de toma de decisiones en política exterior*. Madrid: Plaza y Valdés.

- HUDSON, Valerie

2007 *Foreign Policy Analysis: Classic and Contemporary Theory*. Maryland: Rowman & Littlefield Publishers, INC.

- JERVIS, Robert

2002 *Signaling and Perception*. En MONROE, Kristen (ed.). *Political Psychology*. New Jersey: Lawrence Erlbaum.

1976 *Perception and Misperception in International Relations*. New Jersey: Princeton University Press.

- KAPUSCINSKI, Ryszard

2004 *Ébano*. Madrid: ABC S.L.

- KUMAR, Krishna y otros

1996 *Rebuilding Postwar Rwanda. The Role of the International Community*. USAID Center for Development Information and Evaluation.

- LEVY, Jack S.

2003 *Psychology and Foreign Policy Decision-Making*. En HUDDY, Leonie; David O. SEARS, and Jack S. LEVY (ed.). *The Oxford Handbook of Political Psychology*. Oxford University Press.

- LIZAMA, Natalia

2013 El constructivismo como nueva perspectiva para analizar las relaciones entre Estados: el caso de la crisis del gas entre Bolivia y Chile. *Universum*. Revista de Humanidades y Ciencias Sociales. Talca, 2013, vol. 2, núm. 28, pp. 83-102.

- LOBO, Ramón

2010 *El amigo Kagame*. El País. Madrid, 15 de julio. Consulta: 24 de mayo del 2014.

<http://elpais.com/diario/2010/07/15/espana/1279144821_850215.html>

- MELVERN, Linda

2007 *Un pueblo traicionado*. Barcelona: Intermón OXFAM.

- NTAGANDA, Eugene

2008 *El Tribunal Penal Internacional para Ruanda en la encrucijada*. Kigali: Université Nationale du Rwanda.

- ORGANIZACIÓN DE LAS NACIONES UNIDAS

1996 *Rwanda-UNAMIR. Background*. Página web de la ONU. Consulta: 3 de julio del 2014.

<<http://www.un.org/en/peacekeeping/missions/past/unamirFT.htm>>

- RODAO, Florentino

2005 *Imágenes y Proceso de Toma de Decisiones*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.

- RUIZ-GIMÉNEZ, Itziar

2006 *Las 'buenas intenciones': Intervención Humanitaria en África*. Barcelona: Icaria Editorial.

- RUGUMAMU, Severine y Osman GBLA

2003 *Studies in Reconstruction and Capacity Building in Post-Conflict Countries in Africa*. Zimbabwe: ACBF.

- VASSALL-ADAMS, Guy
1994 *Rwanda. An Agenda for International Action*. Oxford: OXFAM.
- WENDT, Alexander
2005 La anarquía es lo que los estados hacen de ella. La construcción social de la política de poder. *Revista Académica de Relaciones Internacionales*. Madrid, 2005, núm. 1, pp. 6.
1999 *Theory Social of International Relations*. New York: Cambridge University Press.

